Excmo. Señor Presidente, Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras y Señores,

Querida Pierrette:

Contrariamente a la tradición y a los buenos modales, no comenzaré mi discurso proclamando lo inmerecido de mi elección como Académico de Número, Delegado en la Ciudad de Barbastro, de esta secular Corporación. Diré, sin ambages ni falsa humildad, con la franqueza de la que hacemos gala los nacidos en Aragón, que esta designación me parece justa y acertada.

¿Por qué? Porque, si yo me gano la vida ejerciendo apasionadamente la abogacía, la profesión que más poso deja en mi esencia y que, desde muchos años ha, desempeño con no menos pasión es la de pintor consorte. Asumo plenamente que el futuro sólo me recordará como aquel letrado que tuvo la suerte de compartir la existencia de la pintora Mercedes Gómez-Pablos.

Sabia decisión la de esta Academia admitiendo en su seno a quien no tiene otro título para formar parte de la misma que su condición de familiar de artista.

Los artistas influyen naturalmente en los que se hallan a mi alrededor. Proclamo gustoso que lo que he podido hacer en favor de las Artes y de la Cultura es gracias a los sentimientos que me han infundido los lustros pasados al lado de una persona tan creativa y tan artista como Mercedes. Considero un privilegio continuo asistir a su quehacer cotidiano e inspirarme en sus reacciones.

Mas también es cierto que los artistas reciben una fuerte influencia de quienes están en su entorno. Medio en broma, medio en serio, he dicho alguna vez que, antes de conocerme, Mercedes pintaba cardos y ahora pinta flores: ¡algo me debe su obra!

Para quienes compartimos diariamente la angustia creadora, reivindico el derecho a tener parte en los éxitos del artista, a ser acreedores de congratulaciones, plácemes y felicitaciones por nuestra aportación a su obra y, por ende, a formar parte de las Academias de Bellas Artes como partícipes del esfuerzo que permite llegar al resultado final que todos admiran.

El trabajo que el pintor consorte que soy va a tener la honra de presentarles versa sobre alguien que merece pasar a la Historia en idéntica calidad de pariente de artista. Una persona que ha ejercido plenamente y con acierto esa difícil profesión que es ser hija de un gran escultor. Me estoy refiriendo, naturalmente, a Pierrette Gargallo.

Es altamente significativo que este solemne Acto de Ingreso Académico se celebre en el Museo Pablo Gargallo y en una Sala en la que está colgada una exposición de Mercedes Gómez-Pablos. A través de la hija del escultor, a través del pintor consorte, la Academia honra así a los artistas y lo hace en las personas que más han vivido su actividad de creación: la familia que los rodea.

Antes que nada, permítanme que cumpla gustoso con el deber de reconocimiento que tiene esta Corporación, haciendo el elogio de mi antecesor como Académico de Número, Delegado en la Ciudad de Barbastro, el Ilustrísimo Señor Don Joaquín Ferrer Dueso.

Me llevé una sorpresa cuando, acatando lo que consideraba una obligación protocolaria, fui a visitar a mi predecesor. Sabía que había sido elegido académico el 24 de diciembre de 1963, pasando a supernumerario el 20 de mayo de 2000. Esperaba, por lo tanto, encontrarme con una persona de edad avanzada, al pensar que, en mi caso, 39 años después de mi elección como académico ya se habrá cumplido un siglo desde mi nacimiento. Me hallé frente a un hombre en la plenitud de la edad, que me recibió cordialísimamente en su bonito despacho de la Sacristía de la Catedral de Barbastro.

La explicación es sencilla: Don Joaquín fue elegido académico a los 27 años, cuando acababa de ser nombrado por oposición canónigo lectoral de la Catedral de Barbastro.

Tenía ya entonces una carrera brillante: licenciado en Teología por la Universidad de Comillas en Santander, había cursado igualmente humanidades en dicha Universidad. Experiencia interesante, comenta: "mucho latín y mucho griego". También había estudiado Ciencias Bíblicas en la Universidad Gregoriana y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. En estos últimos estudios, insiste: "griego, latín y hebreo".

Profesor en el Seminario de Barbastro de estas materias. Oposita a Agregado y después a Catedrático de Latín, siendo treinta años titular de tal Cátedra en el Instituto Hermanos Argensola.

Hoy el docente está jubilado, pero sigue atendiendo, como lo ha hecho siempre, a las parroquias de Cregenzán, Burceat y Montesa y haciendo frente a sus deberes de canónigo.

Ya Académico, y no creo que haya muchos casos semejantes, estudia Filología Románica en la Universidad de Zaragoza y Clásicas en Barcelona, titulándose con un trabajo sobre los Argensola.

Cuando se crea el Centro de la Universidad Nacional de Enseñanza a Distancia en Barbastro, entra en el año 1983 en la tutoría de lenguas clásicas y es ahora Subdirector de dicho Centro de la UNED y Director de su Revista "Anuales".

Nuestro Compañero de Academia representa la continuación de la gran escuela de latinistas y de helenistas que ha habido siempre en Barbastro. En la muy grata entrevista que mantuvimos en su despacho, recordaba "con cariño y orgullo a sus profesores de latín, el Padre Mir, y de griego, el Padre Ramos, claretianos de Barbastro. ¡Buenos profesores debían ser cuando han formado a tan brillante discípulo!

Y en esa conversación en la Sacristía hablamos de pecados. ¡Cómo no íbamos a hacerlo si estábamos tan cerca del confesionario!

Pecado, el que cometería la Iglesia, me decía Mosen Joaquín, si abandona enteramente el latín y el canto gregoriano.

Y pecado, pensaba yo, el cometido por nuestro ilustrísimo académico, que, según me confesó, ha reproducido el gallo de Gargallo en la veleta de su casa. Trasgresión doble, porque el herrero a quien lo encargó se quedó con otro ejemplar. Sin embargo, también a estas culpas se aplica el adagio "pecado confesado, pecado perdonado". Y puesto que tenemos aquí a la heredera y titular de los derechos morales sobre la obra del insigne artista, me transformo en abogado de oficio de nuestro Compañero de Corporación. Intercedo ante ella para que no tenga en cuenta el carácter ilícito de la

copia, sino el amor por la belleza que implica inspirarse en semejante obra; por ello la falta cometida es, como mucho, pecado venial y su autor puede prevalerse de numerosos días de indulgencia.

Deseo a nuestro Compañero Supernumerario que, durante muchos aòos, pueda seguir disfrutando de tan buen gusto y contemplando la veleta inspirada en el escultor de Maella cada vez que trate de indagar por dónde van los vientos de este mundo.

En el monumental Catálogo Razonado de Pablo Gargallo publicado por Les Editions de l'Amateur en 1998, existe una omisión indiscutible. Nada dice la Biografía del año 1922, en el que Pablo Gargallo Catalán (Maella, prov. de Zaragoza, 5-I-1881 - Reus, prov. de Tarragona, 28-XII-1934) realiza su obra maestra, la que le ha hecho -como veremos- pasar a la posteridad. Felizmente, este Museo llena ese vacío y uno de los carteles que han podido Ustedes leer en el patio de entrada reza: "1922: en junio nace Pierrette, hija única de Magali y Pablo".

Completaré esta escueta frase, hablando de: Pierrette, obra de Pablo Gargallo; las obras de Pierrette; y Pablo Gargallo, obra de Pierrette. Lo haré transcribiendo unas veces y resumiendo otras, varias horas de apasionante plática en su casa de Issy-les-Moulineaux. Pierrette es conversadora nata y reúne todas las cualidades del narrador: es testigo de excepción, ha heredado de su Padre la dosis conveniente de sorna baturra y lo sazona todo con el gran encanto personal de su Madre.

I. PIERRETTE, OBRA DE PABLO GARGALLO

La esencia de una persona la constituyen sus recuerdos. Esta afirmación es todavía más cierta para aquellas vivencias que se sitúan en la infancia. Sobre todo cuando se relacionan con un Padre excepcional fallecido a los doce años de edad de su hija.

Una conversación con ella permite constatar que Pierrette es, antes que nada, obra de Pablo Gargallo. Lo relacionado con su Padre ha dejado una profunda impronta en los primeros años de su vida e imprime intensa riqueza a su identidad.

Pierrette nos ha abierto las puertas de su memoria, permitiéndonos descubrir, a través de su persona, entrañables facetas de la vida de Pablo Gargallo.

Retrato inédito del escultor

Pierrette guarda entre sus papeles -y costó cierto trabajo que nos lo enseñara- un retrato inédito de su progenitor: un dibujo infantil, hecho por ella a los ocho años edad.

El Padre es pintado por su hija de espaldas, con la boinica calada, delante de un caballete, tomando apuntes de una señorita a la que un calentador eléctrico permite aguantar inmóvil desprovista de ropa.

Al dorso, una dedicatoria a lápiz: "Piote Gargallo. Pour mon Papoum".

Es enternecedor. Se comprende que Pablo Gargallo lo tuviera colgado en el muro de su estudio.

El dibujo de Picasso y las novias de los Gris

También nos muestra tímidamente Pierrette un viejo recuerdo familiar. Es un dibujo de Picasso, que tiene la siguiente dedicatoria, mezcla de español y francés: "A Pablo Gargallo. Como regalo de boda et souvenir de longue amitié. Paris. 1915".

Siete años anterior a su nacimiento, está vinculado con el origen de Pierrette. Hablamos del París de comienzos de la Primera Guerra Mundial. Juan Gris estaba tratando de conquistar a una jovencita llamada Magali Tartanson, de profesión costurera. Se la encontró un día por la calle y ella le preguntó adónde iba. Él contestó: "A casa de un amigo, que está aquí cerca". Entraron en el estudio de Pablo Gargallo. El escultor y la costurera se enamoraron, y ésta se quedó allí de forma permanente. Fue el clásico flechazo.

Ahora bien, Magali era menor de edad. La Madre -viuda de un souspréfet de Dignes- no concebía que su hija pudiera casarse con un español, sin un franco en el bolsillo, que tocaba la guitarra y además era escultor. Y el permiso materno era indispensable para la boda.

Hallaron la manera de resolver el problema: se irían a España. Tal perspectiva horrorizó a la señora viuda de Tartanson que concedió inmediatamente la venia para lo que ella consideraba un casorio.

Pero ni el artista ni su enamorada disponían de los fondos necesarios para comprar los billetes de tren. La solución fue proporcionada por Pablo Picasso: sugirió a su compañero de fatigas artísticas la venta de un dibujo suyo que le había regalado. Indicó incluso qué marchante se lo podría comprar.

El novio no tuvo más remedio que resignarse a hacerlo, aunque se quedó con la gran preocupación de haber vendido una obra recibida en obsequio: eso no se hace, pensaba, y seguro que he perdido su amistad.

La sorpresa fue grata al ver a Pablo Picasso en el andén de la estación del ferrocarril. Venía a despedir a los futuros consortes y a regalarles el dibujo que hoy posee Pierrette.

La historia acaba bien: unos meses después de llegar a Barcelona -el tiempo de preparar los papeles- Pablo y Magali se casaron en la iglesia de San Juan de Gracia el día 4 de agosto de 1915.

Pierrette cuenta la muy diferente reacción de la familia de Pablo. Éste llevó a su novia a Maella para presentarla a la familia y, a pesar de que no estuvieran casados, fue acogida cariñosísimamente. Hasta el punto de que, cuando Pierrette vino a Maella muchos años después con su Madre, llegaron en un autobús sin avisar a nadie; aunque habían transcurrido varias décadas, Magali reconoció una calle y una casa, abrió la puerta y desde el portal gritó: ¡Pilar! Arriba, antes incluso de verlas, ésta contestó: ¡Magali! Su voz seguía presente en el recuerdo.

La historia también acaba bien porque Juan Gris continuó siendo amigo fiel de los Gargallo.

Relata Pierrette a este respecto una curiosa anécdota.

Diez años después de la muerte de su Padre, estaba Pierrette en Tossa de Mar, adonde iban a veranear frecuentemente. Un lugar muy distinto del de hoy, afirma; y la creemos fácilmente: cuatro casas de pueblo y un bar, todo simpatiquísimo. Alguna vez incluso, vino Chagall a pasar las vacaciones con ellos.

Cito textualmente a Pierrette: “Había un mozo muy guapo. Todas las chicas decían “ya viene Gregorio”; como si viniera Gary Cooper. Y a Gregorio me lo llevé yo. Su único defecto es que no soportaba a Francia ni a los franceses. Tenía algo contra Francia. Se llamaba Gregorio González. Y dijo "es que en casa tuvimos un disgusto con los franceses y mi tío". Resulta que su tío era Juan Gris, que se apellidaba González. Mira qué casualidad: eso no me lo adivinó la señora de las cartas.» Del episodio de los naipes ya hablaremos en su momento.

El plato de Lloréns Artigas

Pierrette nació la víspera de San Juan del año 22. No es de mala educación decir la edad de una mujer, cuando ese dato forma parte de la Historia del Arte.

Su estancia inicial en Barcelona duró sólo un par de años. Se acuerda únicamente del suelo de la cocina de su casa en la calle Provenza, número 146. Visitándola años después, supo que habían vivido en el primer piso del inmueble, porque era el único cuya cocina tenía el pavimento de ladrillo rojo. Las dotes artísticas -¡heredadas!- de Pierrette hicieron que reconociera el color del suelo sobre el que anduvo a gatas.

En su morada de Issy-les-Moulineaux, Pierrette conserva bonitos recuerdos de esa época.

Su Padre era profesor de la Escola Superior dels Bells Oficis. Precisamente antes de que fuera cerrada por la dictadura de Primo de Rivera, la familia decidió abandonar España y volver a París: “no se trató -precisa Pierrette- de una imposición de mi Madre, porque ella fue muy feliz en España; era más bien el escultor quien quería regresar a la Ciudad en donde bahía estado de joven y tenía gran atractivo en el mundo del Arte.»

«El mejor amigo de mi Padre, ayudante suyo y fiel compañero, fue josep Lloréns Amigas. Él atendió a mi Madre cuando yo nací, porque mi Padre, según Mamá, se asustó muchísimo con el primer grito y salió corriendo muy lejos. Desde luego, volvió. Amigas era en aquel tiempo Secretario de la Escola dels Bells Oficis. Mucho más joven que mi Padre. Siempre fue muy amigo de sus amigos. Era un gran ceramista. Para ser ceramista se necesita un horno, un taller. Yo creo que entonces todavía no lo tenía.»

En la pared de la casa de Pierrette hay un precioso plato de Lloréns Artigas que conmemora su bautizo. La partida (sacada del libro de duplicados de Bautismo que hay en el obispado, porque los registros de la parroquia fueron quemados) nos indica que la ceremonia se celebró "con permiso" en la Basílica de San José Oriol de Barcelona el 13 de agosto de 1922. Al dorso de la cerámica, junto a la firma del autor y los nombres de algunos de los presentes (Ramón Reventós, A.F. de Soto, M. Humbert, R. Canal, Vilaró), figura la indicación "Recort del bateig de Pio-Pio". En el anverso, lleva una inscripción con musicalidad de jota: "Como naciste mujer, no tengas aires del Padre. Sé buena y tan bonita como Magali tu Madre. A Pierrette Gargallo junio de 1922".

Pierrette nos enseña también la foto de la fiesta de ese día. Con sus Padres, felices, está la abuela Petra, la de Maella. Y sus hijos: falta el segundo -Papá era el mayor- Amalio, un santo, su mirada era maravillosa; el tercero Luis que hizo vidrieras para catedrales e iglesias y Francisco, el más pequeño, que nació en Barcelona, porque sus hermanos mayores nacieron en Maella, y fue mi padrino, un padrino estupendo hasta su muerte». Les rodean un montón de invitados: los Gargallo siempre han sido muy sociables.

Un Pepito en casa

En París se instalaron de nuevo en el estudio que ocupaba Pablo cuando decidió marcharse con Magali a Barcelona. Estaba sito en el n° 45 de la rue Blomet, aunque la certificación expedida el 4 de enero de 1913 por la Prefectura de Policía que acredita la comparecencia de "le sieur Gargallo" para declarar que había llegado a París el 1 de octubre de 1912 y que se proponía ejercer la profesión de escultor indique que residía en el n° 41: probablemente el error se debió al incipiente francés del interesado. Este documento, como tantos otros, fue donado por Pierrette al Museo Pablo Gargallo.

Era un estudio porque lo llamaban así. En realidad eran cuatro maderas y una cubierta de cinc. Aunque el ruido de la lluvia sobre el cinc es estruendoso, yo dormía como un plomo según cartas de mi Padre.

No tenían ni agua: había que ir a buscarla al patio de la casa. En dicho estudio se alojó también Miró, porque se lo prestó mi Padre. Eran amigos y ambos estuvieron en la Escola dels Bells Oficis.

A menudo nos visitaba la pandilla de mi Padre, en la que se encontraban Picasso; Pierre Reverdy, un amigo de siempre; José Soler Casabón, músico de Mequinenza que residía en París y estuvo mucho en casa por que era camarada de infancia de mi Padre; Maurice Raynal, que vivía, como Picasso, en el Bateau-Lavoir; Juan Gris, con el que estuvimos muy unidos hasta su muerte; un señor muy serio, Princet, al que llamaban el maestro del cubismo, por ser matemático y el cubismo era algo así, aunque él ha dicho empero que no había nada de ello; un hombre fenomenal, el actor de cine Gaston Modot, que sale en muchas películas de Buñuel.

Y Manolo Hugué que, como no tenía un duro, se quedaba de vez en cuando a dormir en casa y, cuando Papá y Mamá salían, me guardaba. O sea que hacía de canguro un escultor extraordinario.

Pero el más canguro de todos era Artigas, cuando vino a París. Yo estaba tan acostumbrada a ver a Artigas en casa que un día en la escuela pregunté a una niña "¿Tú tienes un Pepito también en casa?" como si tener un Pepito fuera una cosa muy corriente en una casa. Y ¿por qué Pepito lleva calcetines sin punta?"... tenía unos tomates enormes, ¡pobre Pepito»

La ayudante de Vincennes

Un par de años después fueron a vivir a Vincennes, en el n°- 13 de la rue Dohis. Es un barrio un poco lejano, donde habitaban un pisito muy pequeño, que Pierrette recuerda perfectamente. En el patio existía una especie de estudio -debió ser originalmente el hangar donde se guardaban las bicicletas- y Gargallo instaló en él sus herramientas.

Hizo esculturas muy buenas en aquel sitio -nos dice Pierrette-. Aunque era molesto porque estaba muy lejos. Para ir a París tomábamos un metro y un autobús. Permanecimos allí hasta el 29, en que yo tenía 7 años.

Entonces venían de España artistas y compradores: Jesús Cambó, por ejemplo, que era banquero. Mucha gente. Yo estaba acostumbrada a verlos. Mamá tenía un talento

extraordinario, porque preparaba arroz y, cuando llegaba otra persona, añadía un poco de arroz, mas la base era siempre la misma. Acababa un poco diluido ese arroz. Esto duró años.

Allí mi Padre hizo un arlequín maravilloso, que pertenece a la colección Rothschild, un arlequín grande en metal.

Yo secundaba a mi Padre. La única que le ayudó entonces fui yo: cuando era pequeña, como no tenía criterio, apretaba el fuelle de una forja redondita pequeña donde ponía las brasas. Había que dar con el pie, un método primitivo. La transportó de un taller a otro, y no sé dónde acabó.

Las pantorrillas de Pierrette

Se mudaron al 107 de la avenue du Maine. Un estudio de artista como debe ser, con los techos altos, la luz cenital.

“Mi Padre era un hombre extremadamente severo: no se podía hacer ruido durante el día; callábamos porque él, por mucho que martilleara sobre el yunque o picara el mármol, necesitaba silencio. Mis amiguitas y yo debíamos jugar sin hacer ruido. Había un patio pequeño: en mi memoria, los árboles eran grandes y, cuando volví a verlos años después, constaté que tenían poco más de un metro.

En este estudio mi Padre hizo muchísimas esculturas. Por fin, dispuso de un yunque grande y un estudiante venía de vez en cuando para ayudarle y aprender.

Por la noche, me acostaba en una cama muy mona con unas cortinas que cerraban mis Padres. Pero francamente seguir despierta a la una de la madrugada no era compatible con el horario escolar. Me pusieron interna en una escuela privada, de monjas sin uniforme, sin hábito, vestidas de negro. Estaba en la misma avenue du Maine.

Estas señoras me dieron una educación religiosa perfecta: todo lo que se puede rezar en latín, lo sabía. Para colmo, como era la de mejor voz, ¡me despertaban a las siete de la mañana para entonar en misa! Estuve en esa escuela de los 7 a los 9 años y medio, hasta que cambiamos de domicilio.

En casa, los fines de semana y en vacaciones, me metían dentro de la camita con las cortinas y, mientras mis Padres y sus amigos dialogaban, yo me ponía de rodillas a rezar en latín.. . en voz alta. ¿Te imaginas el ambiente? Era muy simpático, todo esto. Maravilloso.»

Luego ocuparon igualmente el estudio de al lado, los dos estudios juntos. Uno más bien para vivir y otro para trabajar. Era ya el lujo.

Mi Padre vendió siempre, incluso cuando era muy pobre, muy pobre. Vendía barato, pero vendía.

En esta casa mi Padre obtuvo un contrato con un marchante, llamado Georges Bernheím, un contrato definitivo, un contrato de palabra. El marchante le dijo: "Yo no le firmo ningún papel, porque un papel para mí no es nada. Le doy mi palabra y basta "Y mi Padre se encontró muy tranquilo con esto. Además, de papeles no entendía nada.»

Continuaba viniendo mucha gente, artistas franceses y españoles de toda clase. Por las tardes, cuando caía la luz. Y charlaban hasta horas avanzadas.

«Se conversaba en español, en francés, en catalán. Mi Padre se expresaba mal en francés, aunque decía todo lo que quería decir, pero con acento. Peor lo hacía Picasso, que vivió mucho más en Francia. Mi Padre llegó a dominarlo bien, con acento español.» ¿Acento aragonés o catalán?: «Mitad mitad, porque nació en Maella, donde utilizan el maellano, y vivió mucho en Barcelona. Por eso yo me desenvuelvo en ambas lenguas, igual en una que en otra. Mal en las dos, pero en las dos. Papá hablaba catalán y Mamá también. Mamá no aprendió el castellano, porque como no vivió nada más que en Barcelona, sólo sabía bien el catalán.

Los amigos que venían de Barcelona, llegaban a casa, dormían en ella dos o tres noches. Siempre había alguien por ahí paseándose con calzones largos.

Recuerdo a un hombre formidable que se llamaba Astoy. Era un pintor, pelado, pelado. Malvivía en un estudio mísero. Y tocaba la guitarra. De vez en cuando venía a casa una de esas burguesas que encuentran que los artistas son una gente especial y estupenda. Esta señora vio a Astoy tañendo y, como se le abría la camisa, se notaba que no llevaba camiseta. Indicó a Mamá: “Déle estas dos camisetas de mi marido". Al

cabo de un tiempo, volvió la señora un día en que Astoy estaba rasgando las cuerdas y, al observar los pelos del pecho que le salían por la camisa, inquirió: ¿Cómo no se ha puesto las camisetas que yo le he regalado? Astoy ¿que ha hecho Usted con ellas?". "Es que tenía más frío en las piernas y me las he puesto como calzoncillos". ¿Te imaginas lo elegante que debía ser cuando se desnudaba? Era del sur de España. No, debía ser asturiano.

Habrá día en que surja al mercado la obra que hicieron muchos de éstos, pero hasta ahora... Algunos ya han vuelto a salir: había uno que se llamaba Celso Lagar, que era pintor; también el pobre las pasó muy mal y actualmente están cotizándose sus obras.

¿Sabes lo que pasa con las obras de artista? Si no hay quien reúne la producción entera, una pieza por aquí y otra por allí desaparecen. Porque ¿quién va a hacer la promoción de tres obras? Eso Mamá lo entendió muy bien y, al óbito de mi Padre, en vez de vender, guardó. Primero lo hizo por amor. Y luego porque pensó: si yo he de hacer una exposición no tendré nada.

Una vez me preguntaron las buenas señoras de la escuela religiosa: "Y su Papá Pierrette ¿qué quiere que haga usted cuando sea mayor?". Yo contesté, con mi inconsciencia de 8 años: "Mon papa dit que, du moment qu'elle a des belles cuisses, elle s'en sortira trés bien ". Las pobres señoras llamaron escandalizadas a mi Madre para saber de qué se trataba. YMamá dijo: "Es que a mi marido le gustan mucho las bailarinas y quiere que su hija lo sea". "Ah ça nous comprenons trés bien! On va la mettre en cours de dance". En la clase de baile no prosperé, porque nos mudamos de casa y, como estaba lejos, cambié de escuela".

Los bomberos

En el piso de enfrente de la Avenue du Maine, un ciego colocaba la radio en la ventana a toda potencia, lo que volvía loco a Gargallo. Tuvieron que cambiar porque, ante las protestas de éste, todos decían: "¿Qué se han creído estos extranjeros? ¡Pobre ciego!".

Un amigo suizo llamado Pierre Courthion, que escribió después un libro muy bonito sobre Gargallo, dirigía el Pabellón Suizo de la Ciudad Universitaria de París. Y encontró cerca de él una casita monísima con un estudio. El barrio es elegante, en la

rue du Parc Montsouris, al lado del Parque. Un lugar maravilloso, pero con un alquiler muy caro. Sin olvidar que se gastaba mucho carbón en la calefacción.

Mamá se encargó de todo lo relacionado con el cambio de piso y Papá y yo nos fuimos al cine mientras ella realizaba la mudanza. Vimos Mefisto, que proyectaban en la avenue du Maine en una sala llamada Patbé y algo. Yo iba siempre al cine con Papá.

Cuando volvíamos del espectáculo mi Padre y yo después del traslado, un coche de bomberos iba delante del taxi. Y mi Padre se demandaba: ¿Adónde irán? ¡Llevan el mismo camino que nosotros!". Pues venían precisamente a nuestro domicilio. Porque como era una casa nueva y fría, mi Madre había quemado unos papeles viejos, poniendo fuego a la chimenea. Y para mi Padre, como buen aragonés atormentado, aquello era ya el dos de mayo: “¡lo sabía, lo hubiera debido pensar, hay un incendio en mi casa, habré perdido todo!" De hecho no pasó nada. Los vecinos se habían asustado al ver que las llamas salían de la chimenea y llamaron a los bomberos. Se movilizaron dos o tres carruajes para un fueguecito sin importancia. Mi Padre presentía, empero, una catástrofe.»

Afluían los amigos como siempre.

«Recibió la encomienda de colaborar en la decoración de la plaza Cataluña. Él estaba muy contento con el éxito francés, aunque le sabía mal que en España se olvidaran de él. Eso le daba miedo. No fue así, porque le formularon este pedido. Una de esas esculturas forma parte de las que se están fundiendo en bronce y van a ir a Zaragoza: la instalarán en los aledaños de la calle Alfonso, a la altura de Candalija. Está bien ¿no? Quedará perfecta.

Mi Padre preparaba la exposición que pensaba hacer en Barcelona, y al mismo tiempo su marchante francés quería que hiciera otra en América. El marchante tenía un defecto: sólo quería obras únicas. Hierros. Claro, era lo más moderno. Ahora esto se terminó; todas están muy cotizadas. Mi Padre utilizaba los dos técnicas al mismo tiempo. Nunca quiso abandonar la ronde bosse. ¿Cómo se llama la ronde bosse en español? Bulto redondo.»

Empezó a trabajar para esta exposición en América. Al mismo tiempo él quería exponer en Barcelona. Trabajó como un loco, trabajó muchísimo, trabajó en exceso y, según su hija, se puso muy nervioso, pero en fin...

La rue de Vaugirard

Una amiga, ceramista, "una mujer estupenda, una ruso polaca, extravagante, Mika Mikoum" vivía en la rue de Vaugirard, en una de esas entradas hacia el interior de un patio de manzana, donde se hallan muchos talleres de artistas adosados unos a otros. Encontró en ese sitio una casa con un estudio al lado y un jardincito en medio, fenomenal y barata. Y hubo otra mudanza.

Allí es donde mi Padre acabó todo. Pudo hacer la exposición de América. Y la de Barcelona. Aunque se mató, se mató de trabajar. Mi Padre era muy exagerado. Es decir, toda la vida se creyó tuberculoso; no lo era, sino frágil del pecho y, cuando se cansaba en demasía, respiraba mal. De eso murió en tres días. Hizo las dos exposiciones. en Nueva York un éxito y en Barcelona otro.

A Nueva York mi Padre no fue: era mucho viaje en aquel entonces. A Barcelona sí. Como no teníamos bastante dinero para desplazarnos los tres a ver qué pasaba, sólo partimos cuando mi Padre mandó un telegrama: "Todo va bien. Podéis venir".

Al llegar, Mamá se asustó descubriéndolo tan fatigado.

Su amigo el doctor Reventós fue fantástico con él, lo vigilaba. Mientras vivió cerca del doctor Reventós, mi Padre estuvo a salvo. Tenía un Instituto de Tisiología. Su hermano era Ramón Reventós el poeta, que también venía a casa en Barcelona y murió muy joven.

Cuando Mamá vio a su marido en tal estado, él trató de tranquilizarla con esta frase tan humana: "Estoy mal, pero si voy tres días a Maella me repongo". No pudo ir. Tuvo que viajar a Reus, donde le hacían un homenaje, y en el coche cogió frío y murió allí.

Al fallecer mi Padre, yo me quedé en Barcelona con mis tíos y con mi prima. Mamá se ocupó de exponer las últimas esculturas en la sala Parés, que era de los Maragall, en la calle Petrixol. Luego hicieron otra exposición de homenaje. Y también una en

Madrid: oficial, en el Museo de Arte Moderno; el director se llamaba Juan de la Encina. En París, organizaron una retrospectiva importante en el Salon d Automne.

Volvimos a nuestra casa parisina. Y empezó la tarea de mi Madre. Yo a ir a la escuela otra vez. Y Mamá a tratar de vivir. Se ocupó de la obra, no vendiendo mucho, para poder tener bastantes esculturas cuando hubiera una exposición.»

Las matemáticas y la tasca

“A mi Padre no se le daban nada bien las matemáticas. Un día me habían puesto un pequeño problema, fácil, infantil. Yo debía tener unos 11 años. Al volver a casa, mi Padre afirmó: "Titeta, te lo voy a resolver". Durante media hora no pudo hacerlo. Llegó entonces Soler y le dijo: "Está claro que no sabes, lo haré yo". Por poco se matan los dos, peleándose. Y vino Princet, el matemático aquel que era un tío formidable: “Mais Pierrette, mais c'est rien du tout!". ¡Crac crac crac! Lo puso todo bien. Y... tuve un cero como una catedral: claro, lo solucionó de una forma tan extraordinaria que la profesora dedujo que no lo había hecho yo.

Mi Padre me llamaba Titeta, Patota, Nineta maca, y múltiples denominaciones más. Cuando leo sus cartas, me admira que un hombre tan serio -porque mi Padre era muy serio, terriblemente serio- me llamara de tantas formas tan divertidas y tan poco formales.

Me puso Pierrette, por mi abuela Petra y porque uno de sus mejores amigos entonces era Pierre Reverdy. Ambos motivos juntos hicieron que me llame Pierrette. En realidad, para el Registro Civil soy Petra. También me impusieron María y Francisca, no sé muy bien por qué. A sí, Francisca por mi tío y padrino. María, supongo que por mi abuela materna, que no fue una señora muy agradable, mas, en fin, "Dieu ait son áme!"

Mi Padre era muy, muy, muy tierno conmigo. Cada noche cuando acababa de trabajar decía: "Titeta vamos a comprar tabaco". Íbamos los dos, cogidos de la mano, al Dóme, donde estaban los amigos. Tomábamos un... yo no tomaba nada, conocía a todo el mundo, tenía 4 ó 5 años, todo el mundo me conocía. Mi Padre consumía una cerveza y nos volvíamos a casa. Mamá estaba esperando con la comida hecha. No era la vida de artista como cree la gente. Era una vida muy normal.

Eso sí, en casa había fiestas. Se reunían muchos amigos, todos traían algo, siempre eran felices. Cada uno hacía un número. Amigas, que era bajito, anunciaba: "¡Miren Ustedes!" y ponía una servilleta delante de una silla como un torero. Detrás de la servilleta colocaba un pie y profería: "uno, dos y tres". Quitaba la servilleta y... había un zapato. Era absurdo y ridículo, y prodigiosamente divertido.

Por ejemplo, se situaba detrás de una mesa grande Maurice Raynal, un escritor muy correcto, Reverdy, más correcto que nadie, mi Padre u otro. Ejecutaban "le lever et le coucher de soleil". Se volvían de espaldas con un slip o un traje de baño. Salía por encima de la mesa un trasero y, cuando estaba en lo alto, comenzaba la puesta del sol. Nos reíamos sobremanera.

Gaston Modot, el actor, contaba chistes fantásticos.

Manolo Hugué, que se llamaba sólo Manolo, ya que así firmaba, fue el hombre de mejor humor que conocí. Mi Padre era amigo suyo desde los primeros tiempos de París y decía de él que dormía en casa de todos menos en la suya, porque no tenía.

Yo andaba por ahí tranquilísima, como si en todas las casas hubiera gente entrando continuamente.

A pesar de su seriedad indiscutible, mi Padre tenía dos caras, la seria y la de la risa. Era Jano. La seria lo era mucho y quería decir, estoy trabajando y aquí no me debéis molestar. Y la cara alegre, sonriente, la cara suave, la tenía fuera del estudio cuando ya había terminado de trabajar. Entonces estaba bien.»

El trapo sucio y la gata

Mis amiguitas lo llamaban "le méchant monsieur". Al verlo con un semblante poco risueño, se creían que era malo. Y no, claro. Mi Padre no me dio nunca una bofetada. Jamás. Sólo se enfadó un día: antes de salir hacia la escuela me había eternizado arreglándome. Como tenía once años, no soportó tanta coquetería. Y ¿sabes qué pasó? Me preguntó: "Titeta ¿qué has hecho?". “Me estaba peinando". ¿Peinándote a las ocho de la mañana de esta manera?". Se fue al estudio, cogió un trapo de los que envolvían el barro y me lo pasó por la cabeza despeinándome con él. Tuve que ir a la escuela con el pelo sucio. Es lo peor que ha hecho en su vida.

Nunca se peleó con mi Madre. No los oí disputarse. Él no entendía nada de las cosas del hogar. Mi Madre era, fantástica, o sea que no lo necesitaba.

No quería animales en casa. Mamá y yo siempre los hemos tenido. Había una gata que se llamaba la Grise. Y la Grise había comprendido que a mi Padre no le gustaba que entrase en nuestra morada. Por eso, cuando venía mi Padre, se ponía detrás de una silla con el barrote delante de los ojos. Creía que estaba escondida, pero era ella la que no veía nada. Mi Padre había percibido que la Grise estaba allí y hacía como si no la hubiera visto. Es decir, que se engañaban mutuamente.

Desgraciadamente mi Padre murió pronto. Cuando él falleció, yo no me di cuenta de la falta que me haría más tarde. A los 18 años es cuando tomé conciencia de que mi Padre me era necesario.»

Modelos, la jota y los españoles

No tenía muchos modelos. Pierrette menciona a dos: un escultor que se llamaba Hertz, supone que era judío alemán y que lo debió pasar muy mal, y una modelo que se llamaba Adéle con quien hizo las últimas esculturas. «Normalmente, el brazo era el de mi Madre, una pierna era la mía. Lo llevaba en la mente. Había dibujado mucho.»

Para El Aragonés no tuvo modelo, mas se inspiró en Picasso, porque cuando tuvieron el estudio juntos en la calle Comercio, en Barcelona, en los años 3 ó 4, Picasso -siempre lo había hecho- se paseaba desnudo por el estudio. Esto le iba muy bien a mi Padre. le bastaba mirar para tener un modelo. En El Aragonés, se ha limitado a ponerle el cachirulo. He visto, años después, una exposición en el Grand Palais de fotos de Picasso. Una lo muestra con una chica en la playa en la misma postura que El Aragonés. la mano de la misma manera, el aire un poco presumido, un pie hacia adelante y otro para atrás. Parece mentira, a 50 años de distancia. Estaba más viejo y más bajito, pero igual. Yo creo que los artistas tienen una vista y un recuerdo visual fantásticos. No necesitan modelos para acordarse de un gesto.

Mi Padre cantaba de vez en cuando alguna jota y la bailaba. ¿De quién sabría yo jotas si no es de él? Tarareo "La Dolores", "Quisiera volverme hiedra", la de los labradores y otras".

Pierrette es consciente de su herencia española: Cuando me preguntaban en la escuela "¿cómo te llamas?", contestaba "Pierrette pour vous servir". Me decían "para servir a quién?". En francés la fórmula no es usual. Pero cuando yo era pequeña decía siempre "Petra para servirle".

¡Qué diferencia entre la gente española y la francesa! El pueblo español es de una enorme categoría.

Francia tiene la suerte de haber tenido cabezas muy interesantes. Por eso vinieron tantos artistas a vivir a París. También seguramente porque la vida les dio más facilidades. Llegaron de todas partes. De Alemania. De Italia. De Rusia, como Chagall, cuyo retrato hizo mi Padre, no posando, porque nunca hizo retratos posando; lo hizo de memoria y se parece mucho. Mira si se semeja que Chagall durante algún tiempo, cuando le pedían una foto daba la de su escultura.

A Chagall, a su hija, a su esposa los conocí bien. No conocí, porque murió joven, a Modigliani, del que mi Padre era amigo.

En cambio, conocí mucho a Manolo, a Artigas, a los que siguieron viniendo por casa después de que falleciera mi Padre. Desgraciadamente hoy han muerto todos.

Los amigos de España fueron fieles. De pequeña, recibí durante años en mi casa de París el tebeo que se llamaba el Patufet.

Al hilo de la conversación de Pierrette, nos hemos adentrado en la intimidad familiar de Pablo Gargallo.

Los doce años que Pierrette vivió a su vera le han dejado un poso que no trata de ocultar. Pierrette no es hoy sólo la abuela ideal con la que sueña cualquier persona. Es además un ser vivo, inteligente, creador, simpático, dicharachero. En todo ello, se ve la impronta de su Padre. Si éste era fiel en sus amistades, franco en sus relaciones, directo en sus reacciones, tenaz en su trabajo, cálido en su acogida, generoso en su poseer y en su vivir, no hay que extrañarse de que estos rasgos los haya recogido en grado extremo su hija, que puede ser definida como una persona esencialmente buena, positiva y alegre. Y el autor de este trabajo puede atestiguar también que es muy buena cocinera.

Pero Pierrette no es sólo las remembranzas de su Padre que llenan su memoria, ni las obras de arte esculpidas o dibujadas por Pablo Gargallo o sus amigos, que le rodean en su casa de Issy-les-Moulineaux y que constituyen la envidia de propios y extraños.

Pierrette no es únicamente recuerdos. Es también realizaciones.

II. LAS OBRAS DE PIERRETTE

Muerto Pablo Gargallo, las obras de Pierrette, como las de Magali, demuestran con luz propia la valía de ambas. Destaca su comportamiento con ocasión de la Guerra de España. Más que pasar en revista la cantidad de amigos y conocidos a los que atendieron en París, será preferible limitarse a publicar una carta escrita poco después del final de la contienda.

Los refugiados españoles

Magali confiaba a su hija: "Por lo único que me alegro de que Gargallo haya muerto en el 34 es porque no vio la guerra de España. Hubiera terminado con tu pobre Padre".

Era una mujer fuerte y muy convencida de sus opiniones. Con una amiga suya, tan entusiasta como ella, esposa del Doctor Soula, que fue luego secretario del Presidente de la República Vincent Auriol, se fueron en 1939 al sur de Francia para sacar a españoles de los campos de concentración y proporcionarles dinero, vestidos, medicinas y también jabón: era menester limpiarlos, ya que los piojos eran de espanto.

Pierrette se quedó en París. Recibió la carta siguiente de su Madre, en papel con membrete del "Grand Café de la Loge" de Perpiñán, que conserva como lo que es, un precioso tesoro. La traducimos al castellano, aunque eso desvirtúe la fuerza de la espontaneidad con la que está escrita:

Pipiote meva

No te he podido telefonear ayer porque he pasado un día que en la vida puede contar por un año.

Por mucha imaginación que uno tenga, no cabe realizar la visión de tanta desgracia.

He encontrado a Pablet y a, joaquím (sobrino de Pablo Gargallo, hijo de su hermano Amalio, el primero, y novio de Fermina, hermana de Pablet, el segundo) en un estado horroroso. Yo no los habría reconocido. Pablo lloraba, reía, temblaba. Están cubiertos de parásitos, con diarrea negra, y todo lo demás. Ninguno de esos desgraciados se queja, ni pide nada. Creo que están tan disminuidos que no parece ni que tuvieran una cabeza de 14 años. Los hemos alimentado, les hemos comprado vestidos, comida, paja y hoy Brune (pintor francés amigo que vivía en Céret, pueblo situado a unos 30 kilómetros al oeste de Perpiñán) y yo hacemos gestiones para sacarlos.

Ahora los otros. No se puede ir a Argelés, donde al parecer es peor que en Prats (Prats de Molló, a unos 60 kilómetros de Perpiñán). Tienen tormentas de arena que los vuelven locos. Hago gestiones para Soler (el músico de Mequinenza) en Perpiñán (muy poca esperanza). Apa (el pintor catalán Feliú Elías Bracóns) su mujer y sus hijos están efectivamente en Prats, pero si yo no hubiese venido, no hubiera podido hacer nada, ya que hace falta amor y tenacidad, y esto sólo lo puede hacer uno mismo, y tú sabes que si quiero puedo.

En cuanto a Domingo (Francisco Domingo: pintor catalán amigo de toda la vida de los Gargallo) he hablado con Violet (escultor y ceramista de Perpiòán) esta mañana y hace gestiones en los hospitales. En Saint-Cyprien nos han dicho que creían que se había salvado, puesto que no lo recuerdan enfermo, mas yo he visto cadáveres pegados a los árboles y la gente ni los miraba. No puede uno acercarse a un hospital.

Miss Palmer (señora caritativa) me ha sugerido algunas triquiñuelas, aunque la impresión que uno saca es que el Gobierno francés no quiere hacer ni dejar hacer nada, para facilitar el juego de Franco. Voy a necesitar vestidos para los pequeños y aquí todo es muy caro, ya que se aprovechan. Habría que hacer un paquete y enviarlo a la dirección de Brune. Ve a buscar a casa de Germaíne (Germaíne Raynal la mujer del escritor), a casa de Marquet (el pintor Albert Marquet) y ve también a ver a casa de Picasso, mi Piote adorada. Que Pepito (Lloréns Artigas) te acompañe y te espere y trata de tener éxito, porque, si puedo sacar a Soler, tengo que cogerle una habitación y pagarle la pensión por adelantado, de lo contrarío no lo dejarán salir. Gasto un dinero enorme, pues no se puede hacer otra cosa más que ayudar a estos desgraciados. Sí hubieras visto las caras de estos chicos de 17 años, temblando de frío y de fiebre, y que rehúsan ir a los hospitales, que quieren dejarse morir, puesto que los han

engañado. Los caballos y los mulos están mucho mejor que los hombres. Hay miles por la montaña en libertad y hay corderos pequeñitos que nacen por todos los sitios y que la gente recoge como si fueran gatitos. Quizá lleve uno a Mariette (ahijada de Pierrette, hija de Lloréns Artigas) si quiere. Miette (la mujer de Brune) y Brune se portan muy bien, pero están en una situación muy difícil.

Y tú, fils d'amour. Sé que te portas bien. Sé todo lo que decís y hacéis esa banda de lelos de los Artigas, a quienes amo. Y el campesino (Maurice Princet, el matemático, que había decidido abandonar París e irse a vivir a su pueblo) ¿qué hace? Telefonea a Marcelle (la mujer de Albert Marquet) y dile que recoja todo lo que pueda. Vestidos de hombre, si fuera posible. Y que me los envíe a casa de Brune. Dile que quizá Grammont (coleccionista, fabricante de gramófonos) tenga trajes viejos, y zapatos.

Quisiera, para disponer de un documento, fotocopiar a Pablo y a Joaquín, mas hay cosas demasiado gordas para ser mostradas. En Argelés beben agua que sacan de un metro de profundidad y, como todos hacen allí sus necesidades, eso provoca idas y venidas. He visto más de doscientos culos al aire. No es ni siquiera indecente. Es sólo el detalle heroico de no tener ropa ni papeles. Les prohíben excavar en la arena para abrigarse y no pueden hacer fuego puesto que no hay madera en la playa. Brune ha visto hombres comiendo un mulo reventado, que estaba de color verde. Pienso que en Pares todo irá bien sin mí. Enviad la correspondencia a Brune. Adiós hija mía. Abraza a todos alrededor tuyo, a los Pepitosssss (los Artigas). Di a Nahas (un dentista muy simpático) que si puede más, mejor.

Apa no está brillante. Su mujer parece una pepa salida de un cuadro de Goya. Pero Céret es un pueblo maravilloso, lleno de sol y de mimosas. Te quiero. Tu Madre. Hago mi régimen: lo juro.

Al leer la carta, Pierrette, con la voz quebrada, realiza evidentes esfuerzos para contener los lagrimones que afloran a sus ojos.

Naturalmente, se desvivió cumpliendo las instrucciones de su Madre.

«Picasso no me dio nada. Yo insistí: "¿No tienes ni un vestido?". Y él me enseñó el que llevaba diciéndome: "¿Ves este atuendo? cuando me lo quito, no lo quiere nadie". Al leer la carta de Soler en la que le suplicaba "Venme a buscar, que estoy debajo de

un árbol, esperándote", comentó: "Esto no es un hombre, ¡es un conejo!". Fue tremendo. Me quedé de piedra. No me dio ni un duro. Probablemente debía estar harto, porque muchos iban a su casa en París a pedirle que los socorriera.

En cambio, vi a otras personas que sí me ayudaron. Por ejemplo, el pintor Marquet me entregó dinero. Courtbion, Director del Pabellón Suizo de la Ciudad Universitaria, habló a los estudiantes de su Residencia y me entregaron baúles de camisas y calzoncillos y jerséis, nuevísimos todos, con gran generosidad. Yo se los mandaba a Mamá que estaba por Perpiñán, por Céret, por todos esos parajes. Ponía a un refugiado aquí, a otro allí. Fue a Toulouse a colocar a tres o cuatro chicas, hijas de amigos nuestros. Desempeñó una labor de Cruz Roja. Y la Señora Soula igual, pero esta pobre mujer lo hizo llorando, lo que aún es peor.

Todo era tan horrible: no solamente la riada de los que pasaban, sino principalmente los Campos. El de Argelés que era tremendo, la playa desnuda con un frío horrible. Mi Madre vio al Profesor Francesc Gali, Director de la Escola d Art, durmiendo en un agujero que había cavado en la playa, porque no tenía nada para evitar el viento. Una auténtica pesadilla. En Saint-Cyprien, pusieron en la plaza de toros a los heridos y parecía un cuadro de Goya, tremendo, unos con las piernas cortadas, otros a los que les faltaban los brazos, sangre por doquier, en fin espantoso.

Como todos entraron por la misma frontera, se habían quedado allí cogidos en una trampa. Y los franceses, a quienes llegó toda esa gente de repente, no sabían cómo distribuirlos. Estaban un poco avergonzados por que no ayudaron a la República, o sea que hubieran tenido que hacer algo.

Durante este tiempo, yo fui recogiendo vestimentas en casa de Marquet, de Camoin, de amigos. Una persona muy simpática, la mujer del escritor Georges Besson, de buena familia, me dijo llorando “Mais Pierrette, je vais chercher, je vais chercher". Se fue a buscar y me trajo un cofre entero de ropa interior de su madre y sus abuelas con puntillas blancas... para los refugiados: yo la guardé y la di a mis amigas, que se hicieron blusas porque eso no iba para los que estaban en Campos de Concentración.

En la ciudad de Céret hubo mucha gente que cobijó a españoles. Mis primos, antes de volver a España, estuvieron uno o dos meses en casa del pintor Pierre Brune. Soler

también había sido acogido y luego Mamá le encontró un aposento en París y aquí se vino. Pero fueron miles los que siguieron viviendo en Campos.»

De estudiante de Artes Decorativas al Campo de Concentración

La Madre volvió de Céret. Siguió ocupándose en París de sus amigos. El arroz de la casa era el mismo, con idéntica capacidad de extensión según el número de comensales. Pierrette iba a la escuela. Magali trataba de ganarse la vida como vendedora de cuadros en algunas galerías. Así no se deshacía de las obras de Gargallo, aunque cedió alguna también. Fueron viviendo bastante bien.

Magali no pudo nunca trabajar mucho:

Mamá falleció en el 59. Era diabética. Se declaró la diabetes al morir mi Padre. Enviudó cuando tenía 40 años, era una jovencita y no se volvió a casar. Ni pensarlo. Además yo estaba allí, igual que un guardia: ni el cartero podía penetrar en casa. Cuidando de que no entrasen ni la mirasen; sólo los amigos, y aún así estaba yo siempre despierta hasta que se marchara el último. Todos fueron muy fieles y continuaron viéndose hasta su muerte. El mismo Soler siguió viniendo a casa y eso que tenía un temperamento difícil. Siempre pretendía que a las mujeres hay que tratarlas a puñetazos. Seguramente había sufrido disgustos a causa de ellas, pero tenía un amor decidido por Mamá, como los otros amigos; y las esposas también. Fue una familia maravillosa. No me puedo quejar. Sólo de que nos abandonaran excesivamente pronto.»

Pierrette estudiaba en el liceo Victor Duruy de París. La Directora llamó a Magali para decirle "Madame Gargallo, su hija en matemáticas no logrará nunca nada. En cambio, dibuja muy bien y sería una lástima que continuara tratando de hacer matemáticas porque no las entiende". Como sólo tenía 16 años, los numerosos artistas franceses amigos -Marquet, Charles Camoin, Manguin, Luce- reaccionaron diciendo "Pierrette es demasiado joven para entrar en una escuela de arte, y además antes de haber acabado el bachillerato". Sin embargo, estaba recomendada por ellos; la llamaban incluso Blancanieves, porque iba con sus enanitos detrás, todos personas famosas, aunque de talla reducida: bajitos, medían poco más de metro y medio. De manera que el Director de la Escuela de Arts Décos, de la rue d'Ulm, que era un hombre delicioso,

la recibió y ella le enseñó unas obras que había hecho en el horno del estudio de Lloréns Artigas (que entonces vivía en Charenton-le-Pont). El Director accedió: "Le vamos a hacer pasar un examen". Naturalmente lo superó y allí se encontró en un ambiente que consideraba suyo. Estaba feliz.

Pero estalló la Guerra, y había escuela una jornada sí y otra no. Magali era muy francesa y eso de que los alemanes pudieran entrar en Francia lo tomaba mal.

«Y, como mucha gente, nos fuimos de París. A nuestra casita de Bois-le-Roi, que todavía es mía, cerca de Fontainebleau. Por la carretera desfilaban tristemente los que venían del norte, de Bélgica, de Holanda, con los enseres, las alfombras, los bueyes, las vacas, las cabras. Un día Mamá vio a un guardia en bicicleta, con un canario detrás en una jaula. Y decidió: "Si ya se marchan los policías de París, ¡nos vamos!".

Era a mediados de junio de 1940, no recuerdo en qué fecha fue la petición de armisticio por Petain. El 17 de junio. Hay que verificarlo. Mamá exclamó "¡No! con los alemanes, yo no puedo". Su hermano había hecho la Guerra del 14 y varios de sus primos habían muerto. No podía soportar la idea de quedarse en una Francia ocupada por ellos.

Mi abuelo materno murió cuando Mamá era muy joven. Lo conoció apenas, tenía 7 años al deceso de su padre. Era sousprefet de Digne, en Basses Alpes, y mi abuela subió a la capital, porque pensó que en Digne no podía vivir como pobre cuando había sido la femme du sousprefet". Era costurera en París. Mamá hizo costura por eso. Sólo al hijo, que nació el último, le proporcionaron todas las posibilidades.

Además de al policía, Mamá divisó un nubarrón negro que hizo decir a todo el mundo "¡Ya está! París arde". No sé qué era la nube, creo que se trataba de unas fábricas a las que les pasó algo, pero cundió el susto general. Inmediatamente huimos hacia el Sur. Tardamos ocho días en llegar a Céret: a pie, en tren, en coche, con las maletas a cuestas.

Elegimos Céret, primero por la proximidad de la frontera española y luego porque allí se habían refugiado los Marquet, los Dufy, los Artigas con sus dos niños. El pintor Brune vivía ya allí. Jean Cassou aparecía de vez en cuando. Había un mundo de artistas fenomenal.

Cassou era amigo de mi Padre. No lo vi antes del fallecimiento de mi Padre. Pero eran amigos. Tenía una cabeza de Picasso.

Los Marquet poseían una casa en Argelia, porque Madame Marquet había nacido allí. No ocultaban que "si llegan los alemanes, nosotros nos vamos al Norte de África ".

Los Artigas proclamaban: "Si eso sucede, volvemos a Barcelona".

Los no sé cuántos. "Emigramos a América".

Todos estaban apunto de irse.

Y Mamá aseguraba: "Yo estoy en Francia. Es mi país. Me quedo aquí". Permanecimos efectivamente. Mamá no cesó nunca de afirmar: "La collaboration, c'est de la trabison ". Y un día, un señor, que era policía secreta de la Milicia, nos denunció y se nos llevaron al Campo de Concentración.

Estábamos muy bien en Céret. De pequeña yo había ido mucho a casa de Manolo Hugué, que vivía allí. Pasamos las vacaciones bastantes veces. Conocía a todo el mundo. Pero, por mucha gente que conozcas, contra la policía no puedes hacer nada.

Mamá le había cogido simpatía a un pobre hombre, un marchante judío que se apellidaba Van Leer. Vivía cerca y venía a vernos a veces. A Van Leer lo llamaba la policía continuamente porque no tenía papeles. Mamá, moralmente fuerte como un toro, por ser nacida bajo dicho signo, fue a la comisaría dos o tres veces y declaró: “Monsieur Van Leer es un hombre irreprochable y yo respondo de él". Se cansaron de que respondiera del Sr. Van Leer y una mañana Mamá me dijo: "¿Oyes la puerta?"^Pum, pum, pum! Aòadió: "Pobre Van Leer, esta vez no puedo hacer más". Al cabo de diez minutos llamaron a nuestra puerta: ¡Pum, pum, pum! Y se nos llevaron. A él, por su parte, y a nosotras, a mamá y a mí, al Campo de Concentración.

Inicialmente no se atrevieron a decirlo, porque los policías me habían visto pasear a menudo por la Promenade de Céret. Llevábamos allí un año entero. Amigas disponía de un horno muy bonito, donde iban a trabajar un escultor apellidado Violet, que era de Perpiñán, y Saint-Saéns, el sobrino del músico. Yo hacía también cerámica, mi pequeña cerámica. Un poeta, llamado Pierre Camo, me había comprado un juego de

ajedrez. También adquirió otro Marquet; bueno, en realidad no lo compró, sino que me lo canjeó por un cuadro que tiene uno de mis hijos.

Vendí siempre, desde el principio hasta el final. La primera obra que me compraron era una pareja, un Saint-Cyríen con su enamorada, y la adquirió un pintor que se llamaba Terescovitch. Debía tener yo 16 años. Siempre me fue muy bien la escultura. Bueno, la escultura... eso que hacía.

Empecé con cerámica. Quien me guiaba en todo era Lloréns Amigas. Fue mi maestro en las ideas, en las exposiciones, en muchas materias. Iba con él a las galerías, al teatro, al cine. Sustituyó un poco a mi Padre, porque se ocupó de mí muchísimo.

Al haber vendido obra, yo me decía: "Me quedaré en Céret y me ganaré la vida aquí". No contaba con el incidente del miliciano. Vestían de azul marino y eran personas bastante inquietantes. Un miliciano, que ocultaba su condición, se había enamorado de una señora casada con un amigo nuestro y, como repetía un cura que conozco, "sur l'oreiller il ny a pas de secret". Se ve que la tonta fue diciendo: "Magali ayuda a los españoles a pasar la frontera, protege a los judíos, y ¡vete a saber qué!". El hombre iba tomando nota mentalmente...

Volviendo a nuestra detención. No nos revelaron adónde nos conducían. Nos indicaron que íbamos a una "résidence privée". Cogimos las maletas; teníamos pocas pertenencias desde que vinimos de París. Y seguimos a esos dos policías. Creo que durante el viaje nos dieron la oportunidad de escapar, porque se bajaron dos veces del tren para tomar una cerveza. Pensé después que no debía ser muy reglamentario, ya que hubiéramos podido apearnos por el otro lado. Como no sabíamos -Mamá nunca imaginó que sucedería tal lance- esperábamos muy seriamente. Pronto constatamos que, en vez de a una residencia privada, íbamos a una residencia más que privada.

Desde Céret nos llevaron en autobús a Perpiñán y de allí a Mendes con un tren de viajeros normal. En Mendes pasamos rápidamente por la comisaría y nos subieron a un autobús hacia el Campo de Rieucros. No es un pueblo sino un paraje así llamado, en lo alto de la montaña; el lugar era maravilloso, pero...

Al marcharse, los agentes indicaron: Madame Gargallo, lo sentimos". Mi Madre les confió el dinero que tenía, monedas de oro, joyas... y uno de ellos se las llevó "á la

gráce de Dieu ". Se recuperó todo: el policía lo entregó inmediatamente a un conocido nuestro que luego fue alcalde de Céret, Monsieur Sageloli, tendero de ultramarinos o algo similar. Muy simpático. Como mucha gente en el Sur de Francia, era comerciante y músico; otros son barberos y poetas. Un hombre inteligente, amigo de artistas.

En el Campo de Concentración, inspeccionaron todo lo que llevábamos. Nos pusieron en la Barraca 4 que compartíamos con otras españolas. Mamá preguntó qué había sucedido: "A Usted no le interesa saber lo que ha pasado, lo que le interesa es que está aquí".

Yo iba cada tres o cuatro días a otro barracón para sonsacar el porqué de nuestro confinamiento allí. "No se ocupe Usted de ello. No le concierne". Un día les solté: "Monsieur, mon grand-pére était souspréfet. "On s'en fout de votre grand pére!" y no me dijeron nunca nada.

Una española de nuestra barraca, alta y grande -no recuerdo su nombre, creo que estaba allí acusada de ser espía-, trabajaba como mujer de hacer faena en casa del Comisario. Le indicó que yo era artista. El comisario preguntó si querría dar lecciones de dibujo a sus hijos, lo que acepté. Y el pobre señor, hay gente bien en todas partes, decidió: "Voy a mirar sus papeles". Anuncié a Mamá: "El comisario se va a ocupar de nosotras". Existía un expediente de por lo menos 20 hojas sobre lo que se me reprochaba. No sabía, sin embargo, cuál era su contenido. Luego me enteré: cantar canciones inglesas y futilidades de ese estilo, completamente absurdas.

En ese Campo había 8 barracas: para las alemanas, las judías, las comunistas, las prostitutas, las españolas, las espías (que eran tan espías como yo; las habían denunciado como espías y vete a demostrar que no lo eres: ¿cómo lo haces?). Una señora, de la que fuimos muy amigas durante toda nuestra estancia allí, llamada Madame Koenig, había sido acusada por su marido que quería apropiarse del Instituto de Belleza que tenían.

Había chicas estupendas. En el barracón de las españolas, muchas no conocían de Francia nada más que Campos de Concentración, porque de la frontera en el 39 les enviaron a un Campo, el de Argelés o de Saint-Cypnen, para salir de allí hacia el de Rieucros, donde pasaron dos o tres años. Se habían acostumbrado a la vida de

Campo de Concentración y tenían su ritmo. El ser humano se habitúa a todo. No eran infelices. Una cantaba muy bien.

No hacíamos nada, salvo las tareas obligatorias. La mejor era ir a buscar madera en la montaña. Te daba una impresión de libertad que no tienes en la vida: pasar las alambradas y encontrarte en un monte precioso, con sólo un guarda, cogiendo madera... Algunas creían que podían escaparse, las volvían a coger y las palizas eran tremendas. Sin embargo, no estábamos en Alemania, sino en Francia, y era un Campo suave.

No tenías contacto con nadie. Las cartas llegaban muy tarde. Recibimos desde Argelia algunos paquetes de Madame Marquet que nos mandaba un poco de azúcar, de jugo de uva. De Céret nos enviaban algo de jamón, tres cigarrillos envueltos en un papelito, cosas así. La comida era espantosa, fatal: patatas y patatas, alubias y alubias. Decíamos que no había que ser vegetariano, porque estaba todo lleno de gusanos.

Se vivía una vida muy limitada. Mamá tenía grandes dotes para la decoración: puso unos pañuelos en la pared del rincón donde nos instalamos y quedó muy bien.

El Comisario se llamaba Fagianelli. En el 48 traté de saber dónde estaba para agradecerle su gestión (quizá salvó a otras gentes, porque no todos los comisarios de policía eran malos) y no conseguí encontrarlo... No sé qué fue de él.

Una detenida alemana nos echó las cartas. Traducía una amiga nuestra. Le dijo a Mamá que no veía nada clara su vida. En cambio, cuando me las echó a mí, predijo acaecimientos que me sobrevendrían durante siete años. A lo mejor es que no pudo adivinar más allá. El primero era que me venía a buscar alguien de la familia y, efectivamente, al salir del Campo vino un primo nuestro. Después, que volveríamos a nuestra casa, no aquélla de la que veníamos: fuimos a vivir a España. Y también que me iría bien en mi trabajo; y así sucedió.

El Comisario sugirió a Mamá: “A Usted la han denunciado por estos motivos; si quiere, podemos indagar y hacer investigaciones en su lugar de residencia". Mamá respondió horrorizada: "No, no; no lo hagan ". Hubiera sido mucho peor si hubieran averiguado todos los refugiados españoles que habían vivido en casa.

Al Comisario, constatando que no se formulaba contra nosotras ninguna acusación grave, se le ocurrió la solución: habíamos sido detenidas en calidad de francesas y resultaba que éramos españolas como tales podíamos hacer todo lo que se nos reprochaba, y la única consecuencia es que nos expulsarían a España, en donde añadió: "Pueden Ustedes decir lo que les dé la gana. Pero ándense con cuidado, que en España tampoco es el momento de hacer las revolucionarias".

Nos dio la orden de salida acompañadas por la fuerza pública. Pasamos a España. No recuerdo la fecha; era a comienzos del invierno: yo iba con abrigo y había nieve entre las tablas de las paredes de la habitación, debía ser hacia el 20 ó 25 de diciembre.

Al llegar a España vimos en la estación una foto grande, inmensa, de un chico guapo con una bandera. Mi Madre inquirió: "Ése, ¿quién es?" y yo le contesté: "Debe de ser un torero". Un policía dijo: '¡Por Dios Señora! es, Jbsé Antonio ". Entonces ya nos callamos.»

La escultora

Se instalaron en Barcelona, en casa del padrino de Pierrette, su tío Francisco. Más tarde, encontraron una pensión de familia en San Gervasio.

Pierrette comenzó a trabajar y a cocer piezas en un horno que tenía muy cerca de allí Artigas. Éste le presentó a Alfredo Darnell, casado con Pilar, propietario de una Librería-Galería llamada Argos, en el Paseo de Gracia. En ella, Pierrette hizo una exposición donde colocó obras que había traído de Céret y las modeladas después. Lo vendió todo.

“Y Darnell me indicó: ahora a trabajar y el año que viene hacemos otra. Expuse durante seis o siete años. Había más que exposiciones. Tenía encargos de libros -era la época en la que se hacían volúmenes en los que ponías una dedicatoria y un dibujo- y me venían a pedir ilustraciones, bajorrelieves grandes para ciertas casas en cuyas paredes están todavía.

A Mamá no le gustaba eso de que todo me saliera tan redondo. "No es normal" decía. "Tu Padre ha sufrido mucho. No entiendo cómo tú con cuatro cositas... es cuestión de volver a París y sufrir un poco". Quería significar que la vida venía demasiado fácil.

Teníamos muchos amigos. Por mi parte, ya te imaginas, con 22, 23, 24 años. Todo me iba muy bien.

Retornaron a Paris en 1947. Encontraron ocupado su alojamiento del 195 rue de Vaugirard. Los Gargallo eran inquilinos de una casa entera, en el patio interior de la manzana, con un jardín y una hilera de estudios de artistas detrás, donde Pablo Gargallo había trabajado en los dos que ocupaban. Les despertaban los pájaros.

La casa era arrendada: la había construido un fotógrafo sobre un terreno alquilado por diez años. La hizo, pues, para que sólo durara una década, aunque era muy bonita. Tenía tres pisos. Al terminar el inquilinato, el fotógrafo quiso renovar el contrato y el propietario, que era un normando, le exigió que destruyera el edificio y volviera a dejar el sitio como estaba cuando lo cogió, es decir, tierra de cultivo. El interesado hizo números y abandonó el local. Los Gargallo pagaron al casero 30 ó 40 años de alquiler por una casa que no le había costado nada. Pablo vivió poco tiempo allí.

Durante nuestra ausencia, primero la habíamos dejado a compatriotas conocidos: José Fin y Javier Vilató, sobrinos de Picasso, vivieron algún tiempo en ella. Luego Fabra. Posteriormente una señora envió aquí a los ocupantes de su piso; no había manera de echarlos; nos iba muy mal ser españolas. Se instalaron en el piso de encima y nos llamaban "sales étrangéres". Hacían ruido de noche y eran insoportables. Invadieron nuestra morada diciendo que eran Resistentes y que los habían echado de su vivienda, pero no era verdad. Un abogado cogió el asunto en manos y el juez ordenó el lanzamiento.»

Pierrette siguió con la escultura, trabajando con encargos de Barcelona. Iban de vez en cuando a esta ciudad.

Si Pierrette habla con facilidad del éxito que tuvo en Barcelona, es más difícil que mencione el que consiguió en París. Y prueba de él es que Jean Marcillac escribió en Les Lettres Françaises de 1952 sobre "un precioso juego de ajedrez de la Señorita Gargallo". Y Pierre Descargues en el número 268 de la revista Beaux Arts proclamó "Pierrette Gargallo: ante cada peana, uno debería pararse, meditar, puesto que la escultura es, en sí, razón de pensar en el hombre".

Y no presume nada de que la admitieron en el selecto Salon d'Au-tomne. De que en Les Lettres Françaises salió una reproducción fotográfica de su Cabeza de Paul, magnífica efigie de su hijo mayor, que expuso en este importante certamen parisino. Y de que fue elegida societaria de la entidad organizadora del mismo.

Jordi y Paul, Jean y Cécile

En París, seguía teniendo grandes amigos españoles.

“Frecuentaba la Ciudad Universitaria donde había muchos españoles con beca. Me casé en el 50, y estamos ahora hablando del 48-49.

Conocí a mi marido en la Ciudad Universitaria porque allí estaba Francisco Boadella, escultor, cuyo padre había sido amigo del mío en Barcelona. Cuando se casaron, mis Padres vivían en el Puchet y Boadella padre también. Su hijo vino a París a estudiar escultura.

En el Colegio de España residía igualmente el pintor Xavier Valls. Y Jaume Sunyer el hijo del pintor joaquím Sunyer, amigo de mi Padre. Y Vicente Rossell. Así como Oriol y Joan Palá que yo había conocido en Tossa cuando era joven. También varios de mi panda de Barcelona que llegaron a París gracias a una beca del Instituto francés. Y el que fue luego mi marido, Jordi Anguera.

El padre de Jordi me indicó que había venido a París a ver al mío, años antes. Con Joaquim Sunyer el padre de Jaume.

Cada vez que había una fiesta, yo iba al "Collége d'Espagne", que estaba muy bien dirigido por un señor que se llamaba José Antonio Maravall.

La familia de Jordi era católica y catalanista. Oriol Anguera de Sólo, hermano de mi suegro, había sido Consejero de Justicia en la Generalitat Catalana. En esta familia, estaban perseguidos por todos. Por eso mi esposo hizo los estudios de Bachillerato en Francia. Cuando se hallaba a punto de ser admitido en la Facultad de Medicina, lo llamaron a filas. Aunque él protestó "es que a mí me van a convocar para ingresar en la Facultad de Medicina de Toulouse", le contestaron "Tú te alistas en la mili y cuando llegue la carta de la Universidad, ya te dejaremos marchar". Y no le permitieron irse.

Se escapó y no pudo volver a España. Además no era prófugo, sino desertor, porque había jurado la bandera.

Escapó por la montaña con Oriol Palá. Se matricularon en la Facultad y se instalaron en el Colegio de España en la Ciudad Universitaria.

Hubo una historia de banderas. Tengo un resumen que me hizo Oriol Palá. Será mejor que lo leas.

Cuenta efectivamente Oriol Palá que el domingo 26 de junio de 1949 se celebraba en la Ciudad Universitaria de Paris la tradicional fiesta de fin de curso. Los pabellones de cada país izaban la bandera respectiva. Pero hasta entonces en el Colegio de España no se hacía para evitar incidentes entre franquistas y refugiados. En 1949, los residentes vieron en el mástil la enseña franquista.

Oriol Palá, que compartía cuarto en el Colegio con el escultor Boadella, lo tomó como una provocación y decidió pasar por la cornisa, desde una habitación del primer piso, para quitarla. Lo hizo con la ayuda de Jordi Anguera, que se quedó vigilando desde la ventana por la que había salido.

Cuando Oriol cortaba los amarres de la bandera, oyó gritos de Jordi que estaba siendo golpeado por Eduardo Chillida y por Pablo Palazuelo. Éstos quisieron impedir a Oriol que volviera a entrar por la ventana, sin conseguirlo, mas le causaron heridas que le costaron varios días de hospitalización. Jordi Anguera pasó una noche en el hospital, ya que por un puñetazo de Palazuelo un diente le perforó el labio inferior. Al fin, otros compañeros de residencia consiguieron separar a los contendientes.

La consecuencia fue que Jordi se tuvo que ir de la Ciudad Universitaria, aunque, como `je lui al tapé dans l'oeil tout de suite'; nos seguimos viendo a menudo.

Fuimos con otros amigos en auto-stop a la boda de Jaume Sunyer y de una chica francesa del Saintonge. Habíamos previsto que tardaríamos ocho días en llegar e hicimos en tres el recorrido. En Saintes, no nos esperaban y, naturalmente, se llevaron un susto, porque claro llegamos sucios. Los tres días que faltaban hasta el enlace estuvimos paseando por los pueblos de alrededor, que son muy bonitos.

Me enamoré, ya que los chicos, cada vez que había un inconveniente se ponían furiosos y de mal humor. Nosotras las chicas lo soportábamos mejor. Y el único que no decía nada era Jordi Anguera. Encontré que una persona que no se enfadaba por un sí o por un no, tenía un carácter estupendo. Cuando volví se lo dije a mi Madre: era muy posesiva y no le gustó en absoluto; tampoco quería que me quedara soltera. Nos casamos un año después.

Jordi se quedó definitivamente en Francia y debió nacionalizarse para poder trabajar como médico. Su situación era horrible. En España no podía ejercer por no tener el título y en Francia porque era extranjero.

Se hizo francés. Yo con él. Mi primer hijo fue francés a los dos meses. Sólo seguía siendo española mi Madre, la única que realmente era francesa. Recuperó después su nacionalidad de origen. Mi Madre siempre fue distinta de los otros.

Mi marido era médico. Ganaba poco, pero ganaba. Era médico científico. Teníamos para vivir.»

Jordi falleció en 1967, dejando tres maravillosos hijos. Paul que es siquiatra, Jean escultor como su Madre y su Abuelo, y Cécile también relacionada con las Bellas Artes a través de la edición.

A Jean le llegó la veta artística por haber vivido dentro, por haber nacido en ese ambiente, como Obélix que se cayó en la cacerola de la poción mágica. Yo no le enseñé nada. De pequeño estaba jugando con unos terrones de azúcar y afirmó: "Quiero ser arquitecto. El mejor arquitecto ". Tenía nueve años. La arquitectura fue el ideal de mi Padre, que decía siempre. “El arte vive de la arquitectura, que es el hilo conductor". Cuando terminó los estudios, Jean obtuvo el diploma de arquitecto, pero la raíz que tenía dentro era la escultura. No se dedicó a la arquitectura, sino a la escultura.

Y en eso está. Su trabajo le cuesta. Un día entró César en el taller de la Escuela de Bellas Artes y gritó: "¿Quién es el imbécil que, siendo nieto de Gargallo, no lo ha dicho?". Porque César proclamaba que empezó a hacer escultura en metal cuando vio una fotograba del Profeta. Y no comprendía que el nieto de Gargallo no presumiera de abuelo.»

Jean Anguera es un excelente escultor, como pudimos constatar los zaragozanos en la exposición que hizo en esta Sala en 1995. De casta le viene al galgo, reza el refrán. Está casado con Laure, buena escultora también, que ha sacrificado su carrera al ejercer de lleno la profesión de artista consorte.

“Te fastidia mucho un abuelo así ¿sabes? Creo que Jean se marchó de casa por eso. Yo no tuve el menor problema con las esculturas que hice. Nunca vi que mi Padre fuera una competencia, en absoluto. Mi Padre era un gran escultor, mientras que yo hacía esculturitas. Y ya está. No sufrí a causa de ello. En cambio, mi Madre hubiera querido que yo hiciera piezas de gran tamaño. Y por eso me obligó a venir a París y dejé todo en Barcelona, hasta el contrato con el marchante.»

Hemos visto rápidamente las obras de Pierrette. Las que tenía prácticamente ocultas, es decir, sus contactos indirectos y directos con los Campos de Concentración. Aquéllas a las que da menos importancia, como son las esculturas de su juventud, a pesar de que quien las contempla se queda pasmado con su belleza, su gracilidad, su armonía. Y las realizaciones de las que está orgullosa: sus descendientes.

Pero, para esta Real Academia, la obra más importante de Pierrette es haber hecho de un gran escultor aragonés, un artista universal.

III. PABLO GARGALLO, OBRA DE PIERRETTE

Cuando se declaró la Segunda Guerra Mundial, Magali recibió la visita de una persona designada por el Estado francés para recoger la obra en casa de los artistas conocidos.

Era el fundidor Eugéne Rudier. A título anecdótico, el Profeta que preside el Patio de este Museo fue fundido por su sobrino y sucesor en el negocio Georges Rudier.

El comisionado anunció: "Con la amenaza de hostilidades es poco prudente no proteger estos elementos valiosos. Yo me ocupo de hacer cajas en los estudios con un transportista y de guardarlos".

Las esculturas perdidas

Y así embalaron la producción que estaba en la rue de Vaugirard. Pablo vivió poco tiempo aquí, pero, además de las esculturas del taller, se encontraban las que volvieron de la última exposición de Madrid. Fueron retiradas por el Estado francés.

No teníamos ni un papel, ni un recibo. Nada

Durante la contienda, las obras así recuperadas en los estudios de los diferentes artistas anduvieron de un castillo a otro, de una bodega de un museo a otra. Se perdieron muchísimas.

Cuando volvimos, después de haber estado varios años en España, Mamá trató de averiguar dónde se hallaban. El que las había asumido respondió:: "Un tren ha estado dando vueltas por todo el territorio francés para no llegar a Alemania. Quizás estuvieran dentro. No lo sé".

Un día el Director del Museo del Petit Palais, el escritor y académico André Chamson, indicó: "Magali, en los sótanos del Petit Palais hay cajas. ¿Quiere Usted venir a ver si el contenido de algunas es de su marido?". Y efectivamente descubrieron las esculturas de mi Padre y pudimos recuperarlas. Esto era en 1947.

Chamson dijo entonces: "No puedo dejarlas marchar sin hacer una exposición". Organizó una muy bonita en los jardines del Petit Palais. Y estaban todas las obras. Incluso las que nos habían sido confiadas para la exposición de España y cuyos propietarios manifestaban legítimamente su inquietud creciente por su desaparición. Sólo faltaba una caja de yesos, poco interesantes porque los dobles se habían quedado en el estudio.»

El Petit Palais

Esta primera exposición de Gargallo después de la recuperación de su obra, del 9 al 24 de mayo de 1947, en los jardines del Petit Palais, fue muy bien acogida. Abre, sin embargo, un largo periodo de silencio: no hay otra individual hasta después del fallecimiento de Magali en 1959.

Las piezas volvieron a nuestra casa de la rue de Vaugirard y Mamá siguió ocupándose de la obra de mi Padre. Era muy difícil, porque después de la guerra llegaron los

americanos, que impusieron su concepción del arte. Los artistas vivos se defendían. Para los muertos era mucho más difícil.

De julio González, que era amigo de toda la vida de mi Padre, aunque no de los más íntimos, se pudieron hacer exposiciones. De mi Padre ya no.

Mi Padre tenía muy buena relación con Picasso y con González, mas cuando se acercaron Picasso y González, Picasso ya no estaba en buenos términos con mí Padre. Por ello González no se atrevía a venir tanto a casa.

Picasso se enfadó con mi Padre porque le pidió ayuda para hacer una escultura y mi Padre le contestó que él se ocupara de pintura y que cada uno hiciera lo suyo. Picasso necesitaba a un entendido porque quiso hacer una escultura y se le cayó: puso demasiada tierra sobre un armazón y se derrumbó. Entonces González le hizo una armadura. Cuando la vio Picasso, le dijo: "Éstas son las esculturas que tienes que hacer". Y así empezó González, que era escultor y buen escultor antes, pero a quien ayudó mucho esta pieza involuntariamente abstracta preparada para Picasso. Luego hizo más. Estamos hablando del año 32 o del 33.»

Las exposiciones de Gargallo

Magali, después de la exposición del 47, exponía de vez en cuando alguna escultura en las galerías de la avenue de Messine, sin mucho ruido. Vendía ocasionalmente una obra a un marchante. Todo muy difícil.

Finalmente conoció a una señora simpatiquísima titular de una galería, que le propuso: "Magali j'aimerais beaucoup faire une exposition de votre mari. C'est trés intéressant. Era Giséle Moline, seguramente de origen español.

Pero Magali fue atropellada por un coche y murió en 1959.

Y comenzó la labor ardua de Pierrette.

A partir de entonces, le correspondía en exclusiva la misión de hacer valer la obra de Pablo Gargallo.

«La señora Moline vino a decirme que mi Madre le había prometido una exposición. Yo estaba casada, tenía ya dos niños. Pero mi marido pensaba que debía hacerlo. Él, que no era artista sino médico, encontró injusto que el olvido cayera sobre mi Padre.»

La primera exposición individual se celebró en la pequeña Galerie de Giséle Moline sita en la rue de Varenne, en 1961.

Habían pasado muchos años sin que se hablara de Gargallo y más tuvieron que pasar antes de que se volviera a hablar de él.

Asumió Pierrette la tarea con la energía que le sigue acompañando a sus ochenta años.

En la conversación que mantuve con ella me confesó, un poco vergonzosamente, a micrófono cerrado: “Cuando enviudé, me quedé con tres hijos pequeños. Y ocuparme de la obra de mi Padre, me ayudó a subsistir.» "Eso te honra y por eso lo has hecho bien, porque te has dedicado profesionalmente a ello", le repliqué. Sancho Panza, en cierta ocasión, siendo Gobernador de la ínsula Barataria, respondió todo encendido en cólera: "Oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas". Porque Pierrette lo ha hecho en plan profesional y para ganarse la vida, no como aficionada, ha conseguido el objetivo que perseguía.

“Lo fundamental era dar a conocer de nuevo a mi Padre. Estuve al tanto de todas las exposiciones importantes y siempre propuse que incluyeran obras de él. Mamá ya había empezado, aunque no disponía de las mismas posibilidades, no gozaba de tanta fuerza, ni de tanta juventud. Además Mamá estaba enferma.

Cassou nos había prometido una exposición en el Museo de Arte Moderno que él dirigía. ¿Qué pasó? Yo lo fui a ver dos o tres veces y me afirmó: “Naturalmente Pierrette, haré una exposición de su Padre". Y no la organizó nunca. Sin duda prefería lo que estaba de moda en el momento, más abstracto. Vete a saber. O también la influencia de Picasso que era un ánima extraña: no necesitaba decir nada malo de la gente; sólo con la cara que ponía, infundía miedo a los demás y no podían hablar de uno. Picasso donó diez obras al Museo de Arte Moderno y seguramente no quería que hubiera más españoles que él: no sé si fue esto, pero sí que resultó difícil sacar de

nuevo las obras de mi Padre a la luz del día. Entre el 47 y el 61 hubo dos o tres esculturas expuestas en Amsterdam o en Bélgica; nunca una exposición individual.»

En la galería de Giséle Moline, Pierrette conoció a Monsieur Altmeyer, francés de Mulhouse, que organizaba exposiciones en el extranjero.

Le gustó mucho la de 1961 y vino al estudio de la rue de Vaugirard. Fue él quien organizó la gran exposición de 1966. Jordi Anguera no pudo ir porque estaba enfermo y falleció al año siguiente. Es la del Wil-helm-Lehmbruck Museum de Duisburgo.

Y prosigue Pierrette: Así comenzó mi movimiento y las continuas exposiciones. Desde entonces hasta hoy no he parado, ocupándome de las obras.

Después de Duisburgo, la exposición se trajo a París en 1970 al Musée Rodin.

Un día estuvimos en Madrid para ver las esculturas de mi Padre que el Museo de Arte Moderno de Madrid tenía en un desván. Alguna la habían atribuido a Julio Antonio. Encontramos totalmente torcida una cabeza del profeta, que es una maravilla. La de Greta Garbo, original pieza única, estaba también chafada. Es que una Revolución es terrible. Había un busto de joven gitanillo y una maternidad. Las limpiaron y las restauraron y Luis González Robles dijo: "Que haya una exposición Gargallo, aunque sólo sea para darle el nombre que merece".

A la exposición del Musée Rodin invité a Mauricio Torra Balan, de la Embajada de España. Se trajo al Embajador, que proclamó enseguida: "Esta exposición viene a Madrid". Conocían bien a Luis González Robles, que fue el Comisario de la misma en el Museo Español de Arte Contemporáneo.

O sea que de Duisburgo, a París y Madrid. La de esta última ciudad ha sido la exposición que mejor presentación ha tenido, la más bonita; González Robles tiene un gusto fenomenal y se le ocurrió plantar césped debajo de las esculturas colgadas. Yo pensaba "¡ay ay ay! esta hierba no va a crecer". El día de la inauguración me alivió comprobar su lozanía y el resultado bellísimo.

Fue después a Barcelona y terminó en Zaragoza.

La Galería Theo de Madrid, de Elvira González, quiso trabajar con Gargallo y lo hizo muy bien. Casi organizó una exposición por año.

«Ella vendía, era marchante. El marido de Elvira tenía muy buen gusto: cuando empezaba a temblar y tartamudear es que las cosas le agradaban. Vino a casa y tartamudeó todo el rato. Elvira se portó muy bien. Hizo galería. Ganó dinero. Vendió gargallos. Muchos de los gargallos vendidos en Madrid lo fueron por Elvira. Es una gran marchante, entiende mucho. Ahora de la comercialización de la obra de mí Padre se ocupa la galería de Marwan Hoss en París, en exclusiva.

Hubo varias otras exposiciones. Y naturalmente la del Centenario en el Museo de Arte Moderno de la Villa de París. En esa ocasión conocí a Pedro Sánchez Queirolo, periodista aragonés de Jaca, corresponsal de La Vanguardia en París, que escribió un artículo muy bueno. Fue él quien nos puso en contacto a ti y a mí.

La Exposición del Centenario viajó al Palau de la Virreina de Barcelona, a la Fundación Calouste Gulbenkian de Lisboa y al Palacio de Cristal de Madrid.» Después veremos que acabó en Zaragoza.

El Museo Pablo Gargallo de Zaragoza

A mediados de 1981 Pedro Sánchez Queirolo y su mujer Camila Martínez Arretz dieron una cena en el piso que tenían en el número 5 de la rue Lalo en París.

El ama de casa colocó la mesa de tal manera que me cupo el privilegio de estar sentado al lado de Pierrette. Yo no la conocía realmente todavía y quedé al instante prendado de ella, como han podido constatar Ustedes hoy.

En el momento de los postres, tras largas disquisiciones mutuas sobre lo divino y lo humano, Pierrette susurró: "Uno de mis proyectos, a largo plazo, es hacer un museo con las obras de mi Padre. A mis hijos les parece bien esta idea.»

No cayó en oreja de sordo. A la mañana siguiente, telefoneaba yo a Ramón Sáinz de Varanda: "Alcalde, si nos movemos rápidamente, podemos tener un museo Pablo Gargallo en Zaragoza. Si no, se irá a París o Barcelona." Inmediatamente me dio un entusiasmado acuerdo de principio. A continuación llamé a Pierrette para decirle que

el Museo podía ser una realidad más rápidamente de lo que ella preveía. Y así empezaron los tratos.

Poco después vi a Ramón, porque en las fiestas del Pilar de aquel año tuve el honor de ser hecho Hijo Predilecto de la inmortal Ciudad. Él había madurado ya el proyecto y sugirió el Palacio de Argillo como sede del Museo.

Pierrette aceptó inmediatamente la propuesta que le trasmití del Alcalde. Ella donaría al Ayuntamiento algunas piezas únicas, bocetos, cartones y dibujos, así como documentos, fotografías y libros, y cedería gratis los derechos de autor para hacer una tirada en bronce de un gran número de obras. La Municipalidad pagaría los costes de fundición.

Sáinz de Varanda fue a la exposición del Centenario de Gargallo en Madrid de 20 de octubre a 16 de noviembre de 1981. Allí conoció a Pierrette. «El Alcalde de Zaragoza me pidió que la exposición terminara en esta Ciudad, lo que se hizo efectivamente en La Lonja de 7 de diciembre de 1981 a 10 de enero de 1982.» Un oficio fechado en 15 de enero de 1982 comunica a Pierrette que el Concejo zaragozano había decidido por unanimidad "hacer constar en acta la gratitud de esta Corporación por su excepcional y valiosísima colaboración al brillante desarrollo de la exposición de la obra de Pablo Gargallo, que ha tenido lugar en La Lonja, dentro de los actos de conmemoración del centenario del nacimiento del genial escultor aragonés, que este Ayuntamiento ha asumido de manera oficial".

En Madrid indiqué al Alcalde que cuatro de las máscaras expuestas estaban en venta. Pertenecían a un constructor, el Sr. Pérez Giner que las había descubierto cuando estaba demoliendo la casa de Alejandro Riera y las recuperó pensando que podían tener algún valor. El Alcalde decidió inmediatamente comprarlas y así se inició el fondo del Museo.»

Y Pierrette empezó a trabajar para el proyecto con su eficacia habitual. El 2 de noviembre de 1981 me enviaba una postal de la escultura de su Padre "Dona en repós", en cuyo dorso escribía:

Amigo Juan Antonio

A mi vuelta de Madrid me encontré con tanto trabajo atrasado y complicaciones familiares que no he tenido tiempo de ocuparme de lo nuestro. Pero ayer me han propuesto una escultura muy bella (pieza única). Te mando la foto y creo que es el momento porque después se nos va a escapar. El Señor que la vende es un hombre de mucho valor porque ha hecho un Museo en Dijon dando casi toda su colección - pero es un "homme d'affaires".

Me pongo en contacto con los fundidores para que nos den una idea precisa.

Un abrazo Pierrette.

Ya había empezado, pues, no sólo a pedir presupuestos (obtuvo el de dos empresas el 9 y el 19 de noviembre de 1981) para saber cuánto costaría la fundición a las arcas municipales, sino a obtener más obras para el Museo.

El 24 de noviembre de 1981 escribía yo al Alcalde:

Querido Ramón:

Después de varias conversaciones con Pierrette Gargallo he preparado un borrador de contrato que someto a tu apreciación. Naturalmente se trata de un texto de trabajo y puedes introducir todas las modificaciones que te parezca oportuno puesto que no hay ningún amor propio de autor.

Envío igualmente este texto a Pierrette Gargallo para que lo estudie y lo someta también a sus hijos.

Y, tras tomar en consideración las observaciones de ambas partes, le volvía a escribir el 13 de mayo de 1982:

Querido Ramón:

Tengo el gusto de adjuntarte el anteproyecto de convenio redactado de acuerdo con las modificaciones que me ha sugerido Pierrette Gargallo. Te confirmo que estaremos en Zaragoza el próximo día 19 Pierrette y yo y que pasaremos a la una a verte al Ayuntamiento.

Un fuerte abrazo de Juan Antonio

Y ese 19 de mayo de 1982 se firmó un Convenio, escueto, sencillo, sin que nadie quisiera reinar después de morir, haciendo confianza a la buena fe de ambas partes. Un Convenio que Pablo Gargallo, a pesar de que, como dice su hija, no entendía de papeles», hubiera podido firmar.

Para celebrarlo, el Alcalde nos invitó después a comer en el Gran Hotel. Al acabar el almuerzo, pidió una hoja de papel y escribió: "En recuerdo de la jornada en que suscribimos el Convenio que salda la deuda que Zaragoza tenía con el genial Pablo Gargallo. Zaragoza, 19 de mayo de 1982". La firmó y se la dio a Pierrette, que puso: "Con mucha emoción y agradecida a la Ciudad de Zaragoza y en recuerdo de este día. Pierrette Gargallo de Anguera". Me la pasaron a mí y estampé mi firma. También lo hicieron a continuación mis padres, que habían sido invitados al almuerzo por el Alcalde. Y siguen las dedicatorias del Teniente de Alcalde Luis García Nieto, de los concejales Emilio Eiroa, María Antonia Avilés, de Julia López-Madrazo y de María Urrea. En la última línea, sin mensaje, escribe su nombre nuestro compañero de Corporación Ángel Peropadre, arquitecto que dirigió la restauración del Palacio de Argillo. Cierra Juana Alierta, la encantadora mujer de Ramón Sáinz de Varanda. El entrañable documento es hoy cuidadosamente guardado por Pierrette.

Y con satisfacción no disimulada, Pierrette extrae de sus carpetas la carta que el Alcalde le envió el día 17 de julio de 1982, confirmándole que la Sesión de Pleno "ratificó el Convenio suscrito recientemente para la creación del Museo Pablo Gargallo, de Zaragoza, así como también la adquisición de las cuatro caretas que Pérez Giner nos había ofrecido y que ya obran en nuestro poder, esperando que todo ello sea pronto una feliz realidad, siendo para esta Ciudad un honor poder tener la obra de tu querido padre." Contiene además una decisión que implica la puesta en marcha del Museo: "Tengo el gusto de comunicarte que, con esta misma fecha, he resuelto designar provisionalmente al funcionario Rafael Ordóñez Fernández, Licenciado en Historia, para el seguimiento de los trámites relacionados con nuestro contrato para la creación del Museo empresa en que tan ilusionados estamos ambos y que tanto interesa a nuestra Ciudad e incluso a todo Aragón. (...) Te adelanto que Rafael está realmente encantado con el cometido que acabo de asignarle, dada su gran

admiración por la obra de tu padre y el sincero entusiasmo que siente por la creación del Museo que llevará su nombre".

Rafael Ordóñez ha seguido, pues, desde el comienzo del Museo la obra de Gargallo. Tengo una carta de 2 de octubre de 1982 dirigida a Pierrette por él, hablando de los requisitos necesarios para que el Ayuntamiento aprobara los presupuestos de las fundiciones. Yo le escribí el 21 de octubre de 1982:

Me encarga nuestra común amiga Pierrette Gargallo Anguera que conteste a su amable carta de 2 de octubre de 1982.

En efecto, a pesar de que le exponía en su carta de manera extraordinariamente clara las formalidades administrativas, ya sabe Usted que hay ciertas personas a las que estas formalidades les asustan y Pierrette me ha encargado que prosiga la tarea que con gusto asumí desde el principio de este proyecto de Museo de servir de vínculo común entre ambas partes.

Pierrette evoca feliz: «En cuatro o cinco meses se habían negociado todos los papeles. Su ejecución fue perfecta, gracias a la colaboración discreta, pero constante, de Rafael Ordóñez. Me llamaban para saber si me gustaban el color de las paredes, las columnas, todo lo que arreglaron. Lo hicieron muy bien. Tengo una confianza total en Rafael Ordóñez, que me sigue manteniendo puntualmente informada de todo.

Además desde que en el año 1990 tomó posesión del cargo de Directora, Cristina Gil asume muy competentemente la responsabilidad del Museo. Y, a partir de la creación de éste, Laura Torné Blas es la fiel y eficaz secretaria.»

Y añade: «Yo efectué una donación bastante importante. Tú vigilaste todo lo que se iba a escribir. Este contrato está muy bien hecho porque es sencillo. En eso influye tu paternidad. Un escultor buenísimo y simpatiquísimo que tiene Zaragoza, Pablo Serrano, me dijo ¿Tú crees Pierrette que está bien?". "Tengo plena confianza porque está redactado por mi amigo Cremades personalmente". "¡Huy! tendrías que hacer un Patronato. No se sabe nunca lo que puede pasar". Como tú me habías aconsejado, repliqué "Patronato ¿para qué? si el Alcalde y el Ayuntamiento están totalmente de acuerdo y yo también, no veo qué puede hacer un Patronato" ¡Por suerte no lo hice!».

Personalmente recuerdo que Sainz de Varanda me comentó un día, cuando estábamos negociando: "Este Museo saldrá bien porque no queréis complicar las cosas. El proyecto de Pablo Serrano se está torciendo y tendrá muchas dificultades". Pude comprobar años después que Ramón -buen jurista: había sido Decano del Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza- tenía razón.

Pierrette concluye: "Todos lo hicimos de buena fe. Es la única vez que he visto que nadie buscaba sino el bien. Y el bien salió. Y continúa saliendo. El Museo es cada vez más bonito, lo han arreglado de nuevo, le han puesto una cubierta preciosa. Ahora ya hace calor por todas partes. La nueva orientación es fantástica. La historia ha sido así basta hoy. Estoy satisfechísima».

Pero decir que Pierrette concluye es no conocerla. No puede concluir, tiene siempre energías para nuevos proyectos y conversación para prolongar la charla. Ahora ya no le importa el pasado, sino la ampliación del Museo: la ayuda de la Fundación MACSA prometida por Emilio Parra Gerona; la donación que hace ella de los derechos de autor para fundir nuevas obras de su Padre para Zaragoza. A Pierrette se aplica la definición que Paul Morand hacía de una de sus heroínas: es una nostálgica del futuro.

El Catálogo Razonado

En 1998 vio la luz del día el monumental Catalogue Raisonné de la obra de Pablo Gargallo, hecho por Pierrette con la colaboración de sus hijos Cécile y Jean, de Martine, casada con su hijo Paul, y de Rafael Ordóñez.

El precioso libro, prologado por Philippe Dagen, constituye un instrumento básico para hablar o escribir sobre la obra de Pablo Gargallo.

No por ello se queda tranquila Pierrette, y con algo de nostalgia y tristeza confiesa:

Hay obras que están en el Catálogo Razonado de las que sólo tengo fotos. Mi Padre tenía la manía de la foto, porque su hermano fue director de cine. Sacaba siempre fotos de sus esculturas y a veces las fotografiaba mientras las estaba haciendo. Con una foto veía el defecto mejor que en la realidad y entonces corregía. Como poseo este archivo antiguo, sé las obras que se han perdido. He encontrado unas cuantas. Faltan una veintena de obras únicas. Algunas estaban en Barcelona, según cartas de

la colección Cambó, pero ignoro de quién es hoy esta colección. Especialmente unas mujeres en mármol blanco que debían ser una maravilla. Poseo las cartas a mi Padre diciendo que las tenía que embalar porque él mismo dijo que las llevaría personalmente. Tengo fotos de obras que han estado expuestas en Italia en bienales, y ya no se han visto más.

Mi Padre de joven trabajó en el Hospital San Pablo: se han reconocido más de 140 esculturas de él. Lo que pasa es que no firmaba en aquel entonces. Tal los hombres de las catedrales, trabajaba casi como obrero escultor del arquitecto Domenech Muntaner. Las hizo en poco tiempo, entre los años 3 y 7".

La Casa Museo de Maella

Acabaré mencionando la colaboración de Pierrette con el Ayuntamiento de Maella para la restauración de la casa donde nació su Padre y la instalación en el desván de cuatro obras del insigne artista y un boceto salido de su mano. Gracias a ella, Pablo Gargallo Catalán ha vuelto a su lugar de origen.

La generosidad es sin duda una de las virtudes más arraigadas en Pie-rrette. Lo prueban las numerosas cartas de agradecimiento que tiene en su archivo de Alcaldes sucesivos de nuestra Ciudad después de cada una de las donaciones de obras de su Padre efectuadas en estos últimos años.

Dádivas que no se limitan al Museo Pablo Gargallo. Mosen José María Leminyana puede atestiguar que la Biblioteca de la Catedral de Roda de Isábena, hoy provisionalmente cerrada por las obras de la techumbre, lleva el nombre de Pablo Gargallo por el bajo relieve que regaló Pierrette.

Al ir pasando en revista todas las deliberaciones del Ayuntamiento zaragozano que atestan su largueza, Pierrette murmura sonriendo con socarronería: "¡Mientras vamos viviendo, vamos donando!».

A GUISA DE CONCLUSIÓN

Pablo Gargallo ha sido, nadie lo discute, un escultor excepcional, un gigante de la escultura del siglo XX.

Pero más de un artista extraordinario del pasado ha caído en el olvido.

En los años 60, existía un serio peligro de que eso sucediera con Gargallo, que llevaba veinte años sin una exposición importante de su obra.

Era sin contar con que había una hija de artista.

Me place citar a Baltasar Gracián. Quizá porque residió en Graus, a mitad de camino entre Barbastro, ciudad en la que vuestra elección me ha nombrado Delegado, y Roda de Isábena, donde vivo. Porque yo sobrevivo en París y en Madrid, pero vivir, lo que es vivir, sólo vivo en Roda de Isábena.

Y Gracián escribió: "Ayuda mucho, o estorba, para conseguir la cele-bridad esto de las familias".

Para la celebridad de Gargallo, le ha ayudado indiscutiblemente "esto de su familia".

No sin grandes sacrificios por parte de su hija.

Habrán observado que en este discurso he hablado esencialmente del primer tercio de la vida de Pierrette. Le sucedieron acontecimientos poco comunes. En los dos últimos tercios, su existencia se resume en ocho palabras: la promoción de la obra de su Padre.

Abandonó para ello su propia actividad artística:

“Ocupándome de la obra de mi Padre, ya no podía hacer lo mío. Lo dejé y me sabrá mal siempre, siempre. Pero mira, tampoco valía mucho lo que creaba.

Ciertamente no se puede abarcar todo. Lo que pasa es que disfrutaba mucho con la escultura...

La gente se extraña de vez en cuando: “¿Por qué no recomienzas? ¿No tienes dos horas diarias?". Yo respondo: “¡Hombre! con dos horas diarias, no se puede emprender una escultura. Y dejarla pensando: ya proseguiré mañana". Un día mi hijo, Jean me trajo arcilla y me dije: “Ahora que tengo un poco de tiempo, voy a ver qué pasa con mis manos". Salió una figurita estupenda, un chico que estaba sentado en un

banco del metro. Jean me indicó: "Tienes que humidificar bien esta tierra, porque cuando está seca no la puedes modelar". La mojé y al día siguiente me encontré con un montoncito de barro en el suelo. Dios me había castigado.»

Para Pierrette, la clave del éxito es clara:

“Lo importante fue la constancia en exponer cada vez que se podía, en lugares exclusivamente de prestigio. No por dinero. No tuve nunca un contrato con nadie. Carmen Martínez, que era la que había heredado de los González, me sugirió "Yo me ocuparía de Gargallo muy bien, como lo hago de los González". Desgraciadamente la pobre señora murió muy poco después. Quería encargarse de vender la obra.»

Y, con cierta malicia, Pierrette resume su éxito:

«Durante muchos años no se ha dicho Gargallo y González, sino González y Gargallo, como si mi Padre fuera el segundo.

Ahora ya no. Pero he tenido que luchar mucho. Sin rebajar la categoría de uno ni de otro, pero para que la gente se dé cuenta.

Las fechas hablan solas. La primera mascarita en hierro cortado de mi Padre es del 7 y González empezó con metal recortado en el 27. Lo que pasa es que González lo hizo en el momento en que Picasso le ayudó. Picasso era un promotor fantástico. Y mi Padre no tuvo a nadie.

Mi trabajo consistió en estar al tanto. Cuando me pedían una obra, siempre respondí que sí. Viajé mucho. Y ahora no hay exposición importante que se haga sin hablar de Gargallo.

Pierrette: Aragón tiene que agradecer tu liberalidad.

Agradecer, en primer lugar, el tiempo que has consagrado -más de cuarenta años de tu vida- a la obra de tu Padre, para que se reconociera que este aragonés constituye un hito importante en la Historia universal del Arte.

Agradecer también las obras que has donado al Museo Pablo Gargallo de Zaragoza y a la Casa de Pablo Gargallo de Maella, ejemplo cumplido de mecenazgo.

En 1988, la Inmortal Ciudad te declaró Hija Adoptiva. Leemos en el acuerdo que ello se hizo "en reconocimiento de sus excepcionales méritos artísticos y en favor del incremento de la riqueza artística de Zaragoza".

Pero considero que esta Real Academia estaba en deuda contigo. El 30 de octubre de 1985 su Director Ángel Canellas López firmó la siguiente carta dirigida al Ilmo. Sr. Alcalde Constitucional de Zaragoza:

Muy estimado señor Alcalde y amigo:

Me complace poner en su conocimiento que en la primera sesión ordinaria celebrada por esta Corporación, los señores académicos acordaron constase en acta y se transmitiese a conocimiento de V.I. y corporación que preside la satisfacción corporativa por la inauguración del Museo Pablo Gargallo celebrada en el pasado mes de julio, durante las vacaciones de esta Academia. En una Ciudad tan poco dada a reconocimientos corporativos, esta Academia, al menos, desea hacer constancia en sus actas y hacerle saber a V.I. estos sentimientos de estricta justicia a tan meritoria empresa.

Disponga en mi persona del testimonio corporativo de esta Real Academia hacia V.I. y señores del Concejo de felicitación más efusiva.

Creo que tú también eras acreedora del reconocimiento público de esta Real Academia por tu participación generosa y decisiva "a tan meritoria empresa".

No dudo de que los que son a partir de hoy mis compañeros de Corporación, aprueban el cabal homenaje que ante la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis acabo de tener el honor de rendir a la hija genial del genial escultor aragonés.

Excelentísimo Señor Presidente,

Ilustrísimas Señoras e Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras y Señores:

Es para mí una verdadera satisfacción cumplir con el encargo académico de contestar al discurso de recepción de un nuevo miembro de esta Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, bicentenaria institución fundada en 1792 por el

rey don Carlos IV de Borbón y colocada bajo la advocación de San Luis, Rey de Francia, en honor de su esposa, la reina doña María Luisa de Parma. Y mi satisfacción es doble. Por un lado, por tratarse del ingreso, en nuestra Real Corporación, de un buen amigo. Me une con Juan Antonio Cremades Sanz-Pastor una entrañable amistad, que si bien no es antigua, sí puedo calificar de fraternal desde nuestra entrada en la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, en su Capítulo Noble de Aragón, Cataluña y Baleares, durante el solemne acto de cruzamiento celebrado en la catedral de Barcelona el día 30 de octubre de 1998. Por otro lado, por dedicar su discurso a un escultor aragonés, Pablo Gargallo. Su obra y su familia, y, particularmente, la que Juan Antonio Cremades considera la mejor "obra" del maellano, su hija Pierrette, que hoy nos honra con su presencia, han sido objeto de detallado estudio por el nuevo académico. Desde mi elección como Académico de Número, hace ya más de una década, ocupo una de las plazas de erudito por la escultura y esta "Bella Arte", tal vez la "cenicienta" de las Bellas Artes, es una de mis líneas de investigación prioritarias. Por ello, todo trabajo sobre escultura nos llena de alegría y de gratitud.

Viene a ocupar el nuevo académico, el Ilustrísimo Señor don Juan Antonio Cremades Sanz-Pastor, la plaza de Académico Delegado en la Ciudad de Barbastro, sustituyendo en la misma al Ilustrísimo Señor don Joaquín Ferrer Dueso, Académico Supernumerario desde el 20 de mayo de 2000.

Nuestro nuevo compañero ha aducido en su discurso, casi como único mérito para ingresar en esta Real Academia, el de compartir su vida con una pintora, Mercedes Gómez Pablos, cuya obra tenemos la oportunidad de admirar esta tarde, en este mismo museo. Sin embargo, permítanme, queridos compañeros, una pequeña indiscreción. Como buen investigador e historiador del arte -por lo menos eso pretendo ser- tengo obligación de preguntar lo que no sé y de buscar aquello que no me dicen, y puedo asegurarles que Juan Antonio Cremades tiene otros muchos méritos profesionales y personales para compartir con todos nosotros las tareas académicas en estos nuevos tiempos del tercer milenio.

Nacido en Zaragoza, tras cursar sus estudios de bachillerato en el Colegio de El Salvador, de los Padres jesuitas, de su ciudad natal, se licenciará en Derecho por la Universidad de París en junio de 1960 y, tres meses más tarde, en septiembre, en la

Universidad de Zaragoza, aunque será en la primera de estas universidades en la que se doctore en 1968. De su formación en Leyes debemos mencionar también que es Diplomado Superior de la Facultad Internacional de Derecho Comparado de Helsinki (1960), universidad que le acogió como profesor asistente en 1961.

Concluida su primera formación académica se colegió en 1961 en el Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza y después en los respectivos Colegios de Abogados de Madrid y París, ciudades en las que desde un primer momento ejercerá su actividad profesional, con despacho abierto, en la actualidad, en las capitales de España y Francia. Y si su trabajo se centra preferentemente en su actuación como abogado o árbitro en arbitrajes comerciales internacionales, que oponen a firmas e instituciones de muy diversos países, también tenemos constancia de su intervención en distintos asuntos relacionados con las Bellas Artes, y el discurso que nos ha ofrecido aquí esta tarde es buena prueba de ello.

Sin embargo, antes de ocuparme de algunos de estos aspectos, sí quiero destacar, para perfilar aún más la personalidad del nuevo académico, algunos de sus otros cargos profesionales. Entre 1977 y 1980 fue Presidente de la Cámara Oficial de Comercio de España en Francia y es en la actualidad Presidente de Honor de la misma, al igual que de la Unión Internacional de Abogados, cuya Presidencia ostentó entre 1990 y 1991. Entre 1993 y 1995 forma parte de la junta de Gobierno del Colegio de Abogados de París, siendo la primera persona no francesa que integra dicha junta, en la que, durante su mandato, asume la responsabilidad de la Comisión Internacional. Por último recordaré también que desde 1969 es miembro de la Corte Internacional de Arbitraje de la Cámara de Comercio Internacional.

Mencionaba antes la intervención de Juan Antonio Cremades en distintos asuntos relacionados con las Bellas Artes, y precisaré en primer lugar el papel que le corresponde en uno de los primeros homenajes llevados a cabo -en lo que podemos considerar tiempos recientes- a nuestro inmortal Goya en tierra gala. Cuando ocupaba la Presidencia de la Cámara Oficial de Comercio de España en Francia, se organizó en París, en septiembre de 1979, una importante exposición titulada Los pintores de Zaragoza de Goya a nuestros días. Celebrada en la Casa de España de la capital francesa, contó en el acto de inauguración con la presencia del pintor español Juan Miró quien, por cierto, era la primera vez que asistía a un acto cultural celebrado en

aquella sede de nuestra legación diplomática. Allí estuvieron presentes, junto a cuadros del propio Francisco de Goya, los de otros muchos artistas aragoneses. Fue, sin lugar a dudas, una importante embajada cultural de nuestra tierra que contó, en el modesto catálogo publicado con este motivo, con las siempre acertadas opiniones de nuestro querido y admirado compañero don Federico Torralba Soriano, anterior Director de esta Real Corporación. Para esta exposición, patrocinada por la mencionada Cámara Oficial de Comercio de España en Francia, se contó con la importante colaboración del Excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza, en aquel momento presidido por don Ramón Sáinz de Varanda.

Significativa será también la intervención de nuestro nuevo compañero en la consecución para nuestra ciudad de un importante logro cultural, que hoy nos alberga. Este Museo Pablo Gargallo. A este aspecto dedicaremos la última parte de nuestro breve discurso.

Quisiera ocuparme ahora de la vinculación de Juan Antonio Cremades al territorio que, desde ahora, le corresponde defender en el foro académico. Una curiosa circunstancia le llevó un día de agosto hasta Roda de Isábena. Frustrada una reunión sobre la herencia de Gala en el gerundense castillo de Pubol, desde el monasterio de Poblet comenzaba "nuestro abogado" el camino de regreso a casa. En ese camino le acompañaba su esposa, nuestra querida y admirada Mercedes. Y el camino les llevó hasta las adustas tierras del somontano barbastrense, de nuestro viejo reino aragonés. Nada más lejano para la sensibilidad de Mercedes Gómez Pablos, mediterránea, balear. Para Juan Antonio, todo era cercano. Era su tierra. Sin embargo, y como estamos seguros que los milagros existen, se produjo el milagro. Mercedes y Juan Antonio se enamoraron una vez más. En este caso, se enamoraron a la vez. Se enamoraron de un paisaje, de una historia. Se prendaron de unas piedras que bastante tenían con mantenerse en pie. En Roda de Isábena conocieron -estamos hablando de principios de la década de los ochenta del siglo pasado- el antiguo Palacio Episcopal, también conocido como Palacio del Prior, edificio renacentista malgastado por el tiempo y por la historia. Adquirido por ellos, comenzó la larga tarea de su restauración y rehabilitación, salvándose así una parte, pequeña si cabe pero significativa, de nuestro rico patrimonio artístico aragonés.

Y la vinculación de Juan Antonio Cremades con Roda de Isábena no quedará ahí. En la última legislatura fue elegido Concejal de este Ayuntamiento oscense, encargándose de los distintos aspectos culturales, siendo uno de sus frutos la organización, desde el año 2000, de los Ciclos de Música que, durante los fines de semana del mes de julio, tienen como marco su imponente catedral románica tan vinculada a la historia de uno de nuestros más importantes santos zaragozanos, nuestro patrón el obispo San Valero -cuya fiesta celebramos hace pocos días- que fue sepultado en su recinto y cuyo sepulcro allí se conserva, tema del que se ocupó nuestro nuevo académico en una de las reuniones de La Cadiera en el año 1996. Así, tanto ayer como hoy, se refuerzan los lazos que unen a Roda de Isábena con Zaragoza.

Querría acabar la presentación de Juan Antonio Cremades Sanz-Pastor destacando algunas de las muchas distinciones que le honran. Es Hijo Predilecto de nuestra Inmortal Ciudad de Zaragoza, Colegiado de Honor del Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza, de la Barra Mexicana Colegio de Abogados y del Colegio de Abogados de la República Dominicana. Es también Caballero de la Legión de Honor de Francia, Comendador de las órdenes de Isabel la Católica y del Mérito Civil y posee la Cruz distinguida de San Raimundo de Peñafort y como ya hemos señalado, Caballero de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén. Pero por encima de todas estas distinciones, yo querría destacar de Juan Antonio otra distinción que le honra y nos honra en sumo grado: su sentido de la amistad, porque se puede decir que es, ante todo, amigo.

Nos ha trazado magistralmente Juan Antonio Cremades en su discurso de ingreso las circunstancias de unas vidas. Las vidas de tres personajes: Pablo, Magali y Pierrette, con unos apellidos, Gargallo y Tartanson. Y estas vidas nos las ha hecho próximas. Nos ha hecho vivir, en más de una ocasión, de una manera cercana, sus ilusiones y sus penas, sus momentos de alegría y también de dolor. Y esta aproximación ha sido posible por la memoria, por los recuerdos de uno de los tres protagonistas de la historia, de Pierrette, que en más de una ocasión ha desnudado su alma y su corazón ante Juan Antonio para contarle datos, anécdotas, historias que solamente ella sabía; esa pequeña historia que hoy forma ya parte de nuestro patrimonio. Para Juan Antonio -se lo hemos oído decir a él- "Pierrette es conversadora nata y reúne todas las

cualidades del narrador: es testigo de excepción, ha heredado de su Padre la dosis conveniente de sorna baturra y lo sazona todo con el gran encanto personal de su Madre".

Y si el discurso lo ha centrado en la figura de Pierrette, yo antes de adentrarme en algunos aspectos del mismo querría destacar la importancia de la obra de Gargallo, su significación en el devenir de la escultura contemporánea. Y para aproximarnos a esta obra, nada mejor que las palabras escritas hace ya casi medio siglo por otro aragonés -sin lugar a dudas uno de los más importantes historiadores del arte que ha dado nuestra tierra- Académico de Honor que fue de nuestra Real Corporación. Me estoy refiriendo, como muchos de ustedes ya se habrán imaginado, al profesor don José Camón Aznar.

Camón, en un magnífico trabajo publicado en la Revista de Ideas Estéticas en 1955, titulado "La escultura en la plenitud de su volumen", después de repasar algunos de los hitos fundamentales en la evolución de la escultura, escribe: "Pero la fase más trascendental en toda la historia de la escultura arranca de la revolución que en el modelado de las formas realiza el español Gargallo. Como Juan Gris en pintura, así Gargallo lleva a sus últimas consecuencias los postulados de la nueva plástica. Gargallo -cierto que con antecedentes cubistas y expresionistas- se atreve a la mayor audacia que es posible concebir en historia del arte. Y realiza grandes esculturas prescindiendo de la materia. Para ello utiliza plancha de metal que dobla y retuerce hasta sugerir las formas más plásticas del cuerpo humano. Y ello gracias a la invención de un claroscuro conseguido no como hasta ahora, por la convexidad de los relieves, sino, al revés, vaciando de materia a las formas y haciendo que la oquedad tenga por sí misma un vigor plástico que sustituya a la rotundidad de la masa escultórica. El hueco de sombra actúa con eficiencia plástica, y las placas de metal en sus ondulaciones y alabeos determinan una sugestión de corporeidad tan fuerte como la plástica maciza. Además, con este sistema de planos reducidos y afilados, es posible insistir sobre los rasgos más expresivos y definitorios de una personalidad. Recordamos la imponente impresión que produce en el Museo de Arte Moderno, de París, su Profeta, más alto y espectacular que las esculturas más patéticas de este

tema. Fluyen las sombras, y las luces se ven cortadas o modeladas por las rítmicas ondulaciones de la plancha de hierro"[1].

A Pablo Gargallo y a su obra nos ha aproximado Camón. Sigamos ahora con el discurso de Juan Antonio Cremades en el que se entremezclan párrafos redactados por él con otros muchos que contienen los recuerdos de Pierrette, quien tan sólo contaba doce años de edad a la muerte de su padre. Un primer apartado se titula "Pierrette, obra de Gargallo" y en el se juntan datos y recuerdos, presentándonos un "retrato" inédito de Gargallo hecho por su hija a los ocho años, el dibujo de Picasso regalado a su tocayo en 1915 con motivo de su boda o el plato de Llorens Artigas. Y en este capítulo se traza la vida y obra de Gargallo, los estudios que ocupó en París y en otros lugares, sus amigos, sus marchantes... todo ello tamizado por los ricos recuerdos que Pierrette conserva de Pablo y Magali, sus padres.

En un segundo apartado titulado "Las obras de Pierrette" recoge las circunstancias de las vidas de Magali y Pierrette tras la muerte de Pablo en 1934, sus esfuerzos para seguir adelante en la lucha diaria, su apoyo a los exiliados españoles, su estancia en el campo de concentración. Sin lugar a dudas, experiencias dolorosas protagonizadas por estas dos mujeres, siempre unidas hasta la muerte de la madre en 1959. Casada Pierrette en 1949 con el catalán Jordi Anguera, médico de profesión, dedicaría su vida a sus hijos, Paul, Jean y Cécil y a su escultura, tal como se pone de manifiesto en las distintas fotografías que ilustran este trabajo.

También dedicará su vida a su padre y a la obra de éste, tal como se contempla en el tercer capítulo o apartado de este discurso titulado,

"Pablo Gargallo, obra de Pierrette", en el que se hace un seguimiento de la obra de Gargallo desde su "recogida" por el Estado francés al declararse la II Guerra Mundial y su devolución en 1947, hasta la creación de este museo en 1982 y su inauguración en 1985. Un primer hito fue la exposición celebrada en el Petit Palais de París en 1947, todavía en vida de Magali quien, como ya hemos mencionado, fallecería en 1959. Entonces tomaría Pierrette el relevo a su madre. Debía luchar por la obra de su padre, tarea que asumió con valentía y que hoy, varias décadas más tarde, aún le ocupa con

[1] CAMÓN AZNAR, José: "La escultura en la plenitud de su volumen", Revista de Ideas Estéticas, núm. 52, octubre-noviembre-diciembre de 1955. Reproducido en CAMÓN AZNAR, José: Las Artes y los Días, Editorial Sucesores de Rivadeneyra, S.A., Madrid, 1965, p. 318

la fuerza que proporciona trabajar en lo que se cree. Algunas pequeñas exposiciones y luego, ya iniciada la recuperación del lugar que le correspondía a Gargallo en la historia de la escultura -recordemos que el texto de Camón Aznar antes trascrito data de 1955-, las celebradas en Duisburgo en 1966 y en París, en el Museo Rodin, en 1970. Una década más tarde, la conmemorativa del centenario del nacimiento de Gargallo, en 1981, en París, Barcelona, Lisboa, Madrid y, finalmente, Zaragoza.

Será a través del periodista aragonés Pedro Sánchez Queirolo, jacetano, corresponsal de La Vanguardia en París, en una cena celebrada en su casa parisina, a mediados de 1981, cuando se conozcan los dos protagonistas de esta tarde: Pierrette Gargallo y Juan Antonio Cremades. Y en esta cena confesaría Pierrette a Juan Antonio uno de sus anhelos: la creación de un museo con la obra de Pablo Gargallo. La semilla no había caído en terreno estéril. Y Juan Antonio se puso en marcha. A la mañana siguiente, como él nos ha recordado, telefoneaba al Alcalde de Zaragoza, Sáinz de Varanda, comunicándole la posibilidad de contar con un museo de Pablo Gargallo en Zaragoza. Entonces, la en muchos casos lenta maquinaria de la administración se puso en marcha. Pero en esta ocasión, y como un nuevo milagro, e indudablemente engrasada por el amor filial y el innegable valor de la amistad y la admiración, con una velocidad insospechada.

Tras el encuentro de Pierrette Gargallo y de Ramón Sáinz de Varanda en la exposición celebrada en Madrid entre octubre y noviembre de 1981, comenzará Juan Antonio a plasmar los deseos de la mecenas y del Alcalde, redactando un borrador de contrato que enviaba a este último el 24 de noviembre del mismo año 1981. Como vemos, sin dejar tiempo a que se enfriara el inicial impulso. El día 19 de mayo del año siguiente se firmaba el Convenio Fundacional del Museo que tendría su sede en el Palacio de Argillo. Ratificado el Convenio por el Ayuntamiento de Zaragoza tres años más tarde sería inaugurado.

Querría por último, para acabar este discurso de contestación, recoger las dos únicas menciones sobre el escultor y su museo encontradas en libros de Actas de nuestra Corporación, de la que soy archivero-bibliotecario. En la celebrada el día 5 de julio de 1985 el entonces Director, nuestro recordado don Ángel Canellas "Comunica también, haber recibido una carta del Ilmo. Sr. Alcalde de la ciudad a la que hace dar lectura a este secretario. En ella se nos informa de la próxima inauguración del Museo Pablo

Gargallo, así como de la constitución en el mismo de un fondo de documentación para el que se ruega la aportación de publicaciones y datos de esta Real Academia con la que en lo sucesivo se mantendrá el correspondiente intercambio. Se acuerda darse por enterados y acusar recibo de dicha carta". Pocos meses más tarde, en la sesión celebrada el día 28 de octubre de 1985, el mismo Director, "Propone y se acuerda felicitar al Ayuntamiento por la reciente inauguración del Museo Pablo Gargallo", documento que se contiene en este discurso.

Querido Juan Antonio, en este emotivo acto de recepción como miembro de número de nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, arropado con la amistad de tus compañeros y con el cariño de tus familiares, te quiero agradecer tu generosa intervención en la consecución para nuestra ciudad de este Museo Pablo Gargallo. Muchas gracias.